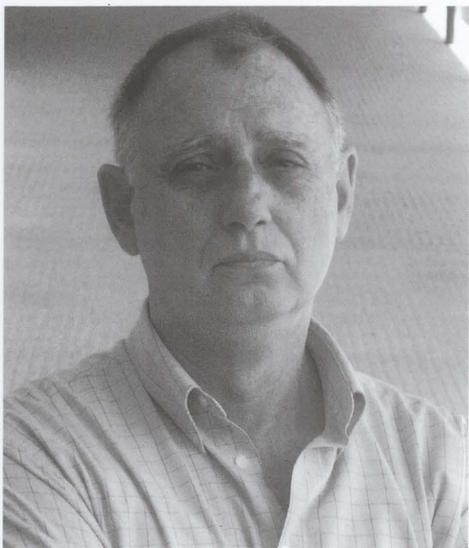


LA HIJA DE LA CONFITERA

Vicente Hernández Fabregat



VICENTE HERNÁNDEZ FABREGAT

Nace en Orihuela en 1947. Estudia Magisterio y en 1968 saca las oposiciones a Maestro Nacional. Después de ejercer durante seis cursos consecutivos en el Patronato de San José Obrero de Orihuela, se traslada a Barcelona en 1975 para ejercer la profesión y estudiar Pedagogía, carrera que no termina. De vuelta a Orihuela, en 1979, trabaja durante un curso en el “C. P. Virgen de la Puerta”. Desde 1980-81 imparte Lengua Española e Inglés en el “C. P. Fernando de Loazes”, hasta junio de 2003. A partir de esa fecha y en la actualidad enseña Inglés en 1º y 2º de la ESO en el “Instituto de Secundaria Gabriel Miró de Orihuela”.

Tardío de vocación y primerizo en la escritura, tiene el atrevimiento de intentar publicar tres relatos: *Asesinato en el claustro*, *La hija de la confitera* y *El caso del anticuario*.

PORTADA: Dibujo y Diseño
Pepe Aledo

LA HIJA DE LA CONFITERA

Vicente Hernández Fabregat

Imprime: Gráficas Minerva - Orihuela

Depósito legal: A-492-2008

*Soledad de mis pesares,
caballo que se desboca,
al fin encuentra la mar
y se lo tragan las olas.*

Romancero gitano.
F. García Lorca

I

El azahar hacía estragos en las noches de Consuelo. Le costaba conciliar el sueño y se despertaba varias veces con la boca seca. Bebía agua y se volvía a la cama llena de ansiedad. Se revolvía entre las sábanas con la desazón del que, por descuido, se tumba en el campo sobre ortigas. Su madre la sorprendía, por la mañana temprano, cuando entraba en su dormitorio para despertarla, con toda la ropa de la cama deshecha y las piernas desnudas.

La señora Soledad, la confitera de más rancio abolengo de la localidad, no entendía que su hija de treinta y dos años dejase el lecho por las mañanas como cuando era una jovencita de quince.

—Tienes el mismo azogue primaveral desde la época en que te saqué del colegio. Precisamente en estos meses de comuniones cuando más faena hay. Era el saludo matutino, casi diario, de la madre mientras subía la persiana del balcón.

— ¡Mamá, qué manía con la persiana todos los días! Los vecinos de enfrente me van a ver casi desnuda —le reprochaba la hija, cansinamente.

— ¡No tienen otra cosa que hacer! Además, te tienen vista desde que eras una cría.

La hija de la confitera no rechistaba, acrecentada su docilidad por décadas de servilismo filial. Se introducía en el baño, apartándose de la mirada de su madre. Para preservar su intimidad, echaba el pasador y se concentraba en su aseo personal. Era su refugio, aquel rincón revestido de azulejos enlutados. No se atrevía a llorar a solas en el dormitorio por miedo a que la oyera su madre. Sólo se atrevía a hacerlo delante del espejo del aseo con el pestillo puesto. Sus pensamientos de amor oscuro los encerraba entre cuatro paredes frías y oscuras.

Nunca tuvo gracia para acicalarse como hacían las chicas de su edad desde la adolescencia. No sabía peinarse con gracia ni maquillarse ni pintarse los labios. No se había pintado jamás las uñas. Por otra parte, no se sentía como las mujeres de su edad. Consuelo se sintió diferente desde el día de su primera comunión.

La señora Soledad desarrollaba una actividad excesiva para sus sesenta y dos años. Se levantaba todos los días del año, con frío o con calor, a las seis de la mañana. Antes de asearse, encendía el horno de la tahona y los fogones para que los oficiales del obrador de la confitería se los encontraran calientes a su llegada. Azuzaba a las dos criadas para que dejaran refulgentes los mostradores de cobre y los escaparates de la confitería parecieran invisibles. Ella misma abrillantaba con Sidel la caja registradora metálica que relucía con sus destellos de plata y oro. La consideraba la joya del establecimiento y un signo de distinción y prosperidad de la confitería-repostería.

Hacia las ocho de la mañana, se permitía un respiro. Sentada ante una mesa camilla del obrador, se servía un enorme tazón de chocolate caliente en el que sumergía dos magdalenas recién sacadas del horno. No alteraba su horario ni su dieta por nada ni por nadie. El día del entierro de su marido prescindió del chocolate y de las magdalenas. Aguantaba con una energía increíble hasta la hora del almuerzo, que no solía ser antes de las dos de la tarde. No consentía que las sirvientas hicieran la comida. Sólo preparaban los ingredientes que doña Sole mezclaba y cocinaba con la duración de los credos oportunos. Era una matrona de moño plateado, piel mármorea y tersa y bellos ojos verdes, que desprendía vitalidad por todos los poros.

Perico, el oficial jefe del obrador, era el contrapunto de doña Sole. Parsimonioso y solemne, trabajaba a ritmo de romanza de zarzuela. Dos pasiones y un amor sostenían su vida de solterón irredento. Su cara habíase tornado del color del coñac. Los ojos se le desorbitaban ante una moza pechugona. Su ídolo era Marcos Redondo.

Había en la localidad una compañía de zarzuela de aficionados que tenía en el oficial confitero a su mejor barítono. El beodo pastelero era la estrella de las representaciones locales de aficiona-

dos en el único teatro de la ciudad. Algunos entendidos en la lírica culpaban al alcohol de la fracasada carrera musical del repostero. No había fumado nunca. Sostenía, con énfasis, que el tabaco era el peor enemigo de la voz.

Perico poseía otras aficiones culturales dignas de reseña. Devoraba con fruición los libros de mitología. De aquí le provenía el vicio de motejar a todo el mundo. En su argot mitológico-socarrón, doña Sole era la “Papisa”; su hija Consuelo, Penélope. A su compañero de las faenas enharinadas le llamaba Saturno. Los dos mozalbetes que hacían de aprendices del oficio, Rómulo y Remo. Él se autoapodaba Orfeo.

Al borde de los cincuenta y cinco, entre romanza y romanza, alegraba el obrador desde hacía cuarenta años.

El ojo derecho de Doña Sole era su primogénito Arturo. La cepa materna rebrotó en un varón alto, rubio y de hermosísimos ojos verdes. A sus diecisiete años, Arturo era el París del pueblo. Fue la época de máximo esplendor del negocio repostero. Las vírgenes de uniforme de rayas de los colegios de monjas y las señoras de peineta y mantilla de los Domingos de Ramos acudían a “Las Delicias” para contemplar al doncel envolviendo las bandejas de pasteles. Las damas de la nobleza local hubieran suspirado por un yerno como el hijo de la confitera.

Las diosas, en su generosidad, le habían colmado hasta de inteligencia y aplicación. Era uno de los alumnos bachilleres más preclaros del colegio de los P. Jesuitas. Destacaba en todas las materias, especialmente, en las Matemáticas y en las Ciencias Naturales y Físicas.

Arturo siempre se sintió inclinado a estudiar Ingeniería. A doña Sole le hubiera encantado que siguiera la carrera de la abogacía. Un abogado tan guapo hubiera ganado todos los juicios. Madre e hijo se parecían como dos gotas, una masculina y la otra femenina.

El hijo heredó la inteligencia y la tenacidad de la madre. Le apasionaba el cálculo, la geometría descriptiva, la física, la geología, y, en general, toda la ciencia y la técnica aplicadas a la construcción de puentes y ferrocarriles. El contrapeso a tanta tecnología utilitaris-

ta lo ocupaba el billar. Arturo era el mejor carambolista de su ciudad, cuando marchó a la Universidad de Valencia para cursar Ingeniería de Caminos. A sus diecisiete años, podría haberse dedicado al billar profesionalmente y vivir como un campeón.

El casino de la localidad es un edificio de la época y del estilo de la Gloriosa. Ocupa toda una manzana y algunos salones conservan cierta elegancia. La azulejería del patio interior y la bóveda acristalada que lo ilumina recuerda el señorío de los patios andaluces.

La sala de billar y la mesa de tapete verde que la presidía eran de lo mejor que había en la provincia. Poseía el rectángulo verde un sistema de calefacción que ablandaba las bandas y facilitaba el deslizamiento de las bolas. Se había celebrado en ella algún campeonato regional. No se permitía a los menores de edad jugar en la mesa de los maestros. La única excepción era Arturo, el hijo de la pastelera. El mismo año que hizo el Selectivo de Ciencias para ingresar en la Escuela de Caminos de Valencia, cuando no había cumplido todavía los dieciocho, ganó el Campeonato Local y luego el provincial de "Billar para Adultos".

Parecía un dios del billar con el taco en la mano. La prestancia con que daba tiza a la punta del taco y la energía y precisión de las tacadas eran todo un espectáculo estético. Las mozas de ojos rasgados y las señoras de pestañas postizas suspiraban a cada tacada de Arturo. El pastelero de ojos verdes bellísimos aplicaba la geometría analítica, la física y las matemáticas a las bolas, a las bandas, a los efectos, y no se le resistía ninguna carambola. Ninguna mujer tampoco. Solteras y casadas, jovencitas y experimentadas, ricas y pobres; toda la gama de las féminas buscaba una aventura con Arturo. El futuro ingeniero las contemplaba desde su Olimpo del mostrador de la confitería y, a lo sumo, les dedicaba una sonrisa equívoca. A la tarde siguiente, volvían por otra bandeja de pasteles.

II

Más de treinta y cinco años habían pasado desde las nupcias de doña Sole y Remigio. El casorio resultaba asimétrico en estética y en economía. Una espléndida mujer de veinticinco, hija única y heredera de un floreciente negocio confitero decide unirse, de por vida, con un oficial de obrador cegato, escuchimizado e insustancial.

Los mentideros de la pequeña ciudad especularon en todas direcciones y sentidos. A los nueve meses de la boda, Soledad dio a luz a un cachorro rubicundo que era el gozo de la pareja y la envidia de las murmuradoras. Era todo de la madre, piel, cabello, ojos. El marido aportó su apellido de familia humilde.

Consuelo deshizo todas las maliciosas suposiciones. Nacida cuatro años después de Arturo, era un calco de su padre en versión hembra. Bizqueaba un poco del mismo ojo que su progenitor.

A los diez años, Arturo parecía un soberbio pastor alemán de pura raza; su hermana un perrillo callejero desamparado.

Consuelo no gozó del pecho de su madre como Arturo. Fue amamantada por un aya de leche que trabajaba en casa de doña Sole.

Remigio sufría en el interior de su corazón el desapego de su mujer hacia su hija. No se atrevía a exteriorizarlo por temor a Soledad. Las sugerencias de su mujer eran órdenes para el marido.

La niña concentraba en su padre todo su afecto y ternura. Se esforzaba, en su corta edad, por agradar y obedecer a su madre en todo para tenerla contenta. Así fue germinando en ella una docilidad enfermiza. No replicaba a doña Sole ni cuando ésta se equivocaba en las cuentas.

En un callejón empedrado que descendía con gran pendiente de la sierra, vivía la madre de Remigio. Era una vieja enlutada y ciega, parecía la imagen del desamparo. Habitaba una casucha

humilde, pero limpia, de una sola planta. Su hija Eulalia, el marido de ésta, Pepe, y los tres hijos del matrimonio compartían techo con la abuela Gertrudis. Pepe trabajaba de albañil. Eulalia ayudaba a empinar la olla dejándose los ojos como costurera. Aún le quedaba tiempo y fuerzas para llevar a la madre como los chorros del agua y darle muestras de veneración. El albañil trataba a su suegra con respeto. Sólo bebía vino durante la cena, después de doce horas sobre el andamio.

Remigio heredó de su madre el azúcar, así era como se llamaba a esa terrible enfermedad hereditaria. Consuelo era adicta a la insulina desde los dieciocho años. Gracias a esta hormona proteica que se inyectaba cada día, la “diabetes mellitus” no acabó con ella en su adolescencia. Resultaba un sarcasmo en una familia de confiteros.

El marido de doña Sole aguardaba la salida del colegio de Consuelo para visitar a su madre y a su hermana. La niña aprovechaba para merendar y jugar con sus primos. Remigio nunca aparecía por casa de su madre con las manos vacías. Leche, huevos, carne, conservas para sus sobrinos y para su madre. La bandeja de pasteles era aprovisionamiento seguro de cada día. Lo hacía a escondidas de Soledad. Ésta controlaba hasta el último huevo del obrador y contaba las latas a diario. Sin embargo, hacía la vista gorda cuando Remigio preparaba la capaza para su familia.

Remigio y Pepe eran amigos desde la infancia. Habían crecido en el mismo arrabal, al pie de la sierra, y asistido a la misma escuela hasta los doce años. El contraste entre ambos resultaba evidente a la primera ojeada. El albañil, de estatura elevada, poseía una musculatura de herrero. El confitero era de apariencia enclenque y canijo. Desde chiquillos, se complementaron en las peleas y juegos callejeros. Remigio ponía la habilidad y Pepe la fuerza bruta. El futuro oficial de repostería destacaba en las canicas y la peonza. El aprendiz de albañil no tenía rival en la pídola. Su técnica futbolística la suplía con fuerza y velocidad. Remontaba la corriente del río, a sus catorce años, con más ímpetu que los salidos de quintas.

Eulalia perdía los vientos por su Pepe. Era una muchacha de aspecto hacendoso, guapa y frágil. Despedía un aire de femineidad

que agradaba a los hombres. En el tiempo que Soledad y Remigio habían concebido dos hijos, Pepe y Eulalia estaban esperando el cuarto. En el hogar de la costurera reinaba la felicidad, salpicada por la incertidumbre de la escasez.

Doña Sole no hacía vida social. Afirmaba que no podía permitirse ese lujo, esa pérdida de tiempo. Salía los domingos para la Misa de nueve en la iglesia de la Merced, a espaldas de la manzana que ocupaba la confitería.

El trajín del obrador y del establecimiento la mantenían activa y distraída durante todo el día. No frecuentaba a amigas ni vecinas. Huía de los comadreos como de la peste. Eludía las amistades de antaño y resultaba cortante con las chismosas y desocupadas que pasan el día de iglesia en iglesia.

Al lado de la repostería, en el primer piso, habitaba una familia forastera oriunda de Teruel. Don Cosme, agente judicial, y doña Cecilia, su esposa, tenían una hija dos o tres años menor que Consuelo. Sara era una chica metidita en carnes, de labios sonrosados y pestañas rizadas. Disfrutaba de las miradas acariciadoras de los hombres maduros por su pecho exuberante y su contoneo sinuoso. A los adolescentes del sexo fuerte les llamaba la atención su marcado acento maño y el balanceo de sus caderas.

La confitera encontró en la turolese la compañía femenina que echaba en falta. La señora Cecilia contaba historias de fantasmas del frío y de la nieve de su tierra. No parecía interesarle la génesis familiar de la señora Soledad. Estas cualidades y virtudes le aseguraron el tazón de chocolate con bizcochos que cada tarde agradecía en el cuarto de estar de la dueña de la confitería. La señora del funcionario judicial era una devota becqueriana en prosa y en verso. Entre rima y leyenda, mantenía en vilo a la iletrada confitera mientras se chupaba los dedos con los restos del chocolate.

Consuelo no compartía el entusiasmo de la gente por las estaciones calurosas. La primavera le producía jaqueca y el verano sopor. Dormía mal por las noches y, desde hacía un cierto tiempo, tenía pesadillas.

El ajeteo de la confitería era constante y los encargos para los banquetes de comunión resultaban agotadores. Doña Sole había

dado en los dos últimos años muestras de extenuación, sin embargo, el sonido de la caja registradora la aliviaba de sus fatigas.

Perico participaba de la aversión de Consuelo a las fiestas primaverales. Mucho más trabajo y poca compensación económica.

La muerte de Remigio iba a cumplir su décimo aniversario el próximo Corpus. Consuelo recordó la agonía de su padre atendido por su tía Eulalia y por el doctor García. El establecimiento abarrotado de clientes y la registradora sonando. Identificaba el maldito timbrazo con la llamada de la muerte. El padre de Consuelo expiró a las once de la noche, la última pareja de parroquianos abandonaba la confitería en ese momento. Se le llenaron los ojos de lágrimas y así la sorprendió Perico.

—”Por el humo se sabe donde está el fuego...” —le entonó a manera de saludo matinal.

—¡Buenos días, Perico!—respondió Consuelo limpiándose las lágrimas.

—¡No quiero que a mi Penélope se le empañen los ojos! Te voy a contar el último chiste de curas que me acaba de contar Remo... —con esta y otras chanzas el oficial repostero trataba de aliviar el ánimo alicaído de Consuelo. La heredera de la confitería reía con ternura y obsequiaba con un beso al barítono aficionado. Desde la muerte de su padre, su afecto se centraba en Perico.

Arturo residía en Valencia desde su época de estudiante de ingeniería. Una guapa farmacéutica de Silla le echó el *ojo* desde que lo conoció en un baile por Santo Tomás de Aquino. Se enamoraron el uno de la otra y se casaron unos años después de terminar sus respectivas carreras. Habían tenido dos hijos, un muchacho parecido a su padre, y una niña que no desmerecía a la madre. Formaban una familia radiante de salud, éxito social y guapura.

Sólo aparecían por casa de doña Sole en Semana Santa. La valenciana no tragaba a su suegra, y ésta no le perdonaba que le hubiera robado a su Arturo. Llegaban cada año la víspera de Domingo de Ramos y se quedaban hasta el Domingo de Resurrección.

Los nietos de doña Sole se encontraban encantados en el hogar de la confitera. El bullicio permanente del obrador y del esta-

blecimiento fascinaba a la hija de Arturo y Lola, que así se llamaba la boticaria. La chiquilla ayudaba a despachar como una dependienta más y su abuela brillaba de gozo.

La madre de Arturo veía en la cara de su nieto la imagen de su hijo a la misma edad. Consideraba que su hijo desprendía una energía que le faltaba a su nieto. Estaba convencida de que era el billar. Consuelo no amaba a sus sobrinos por la misma razón que no había nunca amado a su hermano. Desde que tuvo uso de razón, la envidia hacia Arturo se fue convirtiendo en desprecio por todo lo que su hermano representaba. Belleza, éxito, exultante felicidad eran atributos de Arturo y su progenie que Consuelo odiaba profundamente.

Soportaba a sus sobrinos en el hogar el menor tiempo posible. En la trastienda y en la confitería era estricta y severa con las diversiones de su sobrina. El chico se pasaba el día fuera.

Arturo dividía su tiempo entre las carambolas del casino y sus amigos de la localidad. La cuñada de Consuelo, Lola, se levantaba casi al mediodía. Se emperifollaba para ir a almorzar cada día a casa de un amigo de Arturo. Pasaba por el casino, recogía al marido y juntos hacían el aperitivo. Volvían a casa a la caída de la tarde. Para descansar y cambiarse de ropa. Regresaban al casino para contemplar desde sus amplios ventanales los desfiles procesionales de Semana Santa. Allí permanecían hasta las dos o las tres de la madrugada entre copas y tapas. La farmacéutica valenciana resistía ante las barras de los bares con más aguante que su marido.

Consuelo y su cuñada se saludaban fríamente a la llegada de la pareja. Se despedían con el mismo despego al cabo de la semana.

La farmacéutica despreciaba a su cuñada. Veía en ella a un ser inferior, desde su aspecto físico hasta su carencia de estudios universitarios. La esposa de Arturo estaba poseída de un darwinismo lumínico: sólo los individuos más adaptados al medio que les rodea se desarrollan bien. La Facultad de Farmacia le dio la teoría que conocía en la práctica desde niña. Los seres inferiores, como Consuelo, están determinados para ser devorados por Arturo y por ella. La colonia humana imita a los himenópteros de forma imperfecta. Estos planteamientos existenciales eran la brújula que corre-

gía la deriva de Lola.

A los paisanos de Arturo los consideraba unos palurdos y a ellas unas reprimidas y fracasadas. Regresaba al pueblo de su marido, cada Semana Santa, para decirles en sus propias narices ante la fachada del casino: “¡Lo veréis pero no lo cataréis! ¡Es mío en exclusividad! ¡Moríos de envidia en esos zaguanes sombríos con ínfulas de palacio!” –rezongaba en su interior.

Tenía por la pequeña ciudad de provincias la misma pobre impresión que le causó la primera vez. Tantas veces le había nombrado Arturo la catedral, que la primera vez que visitó la ciudad se fue derecha a conocerla. Quedó decepcionada.” ¡Vaya humos que se gastan aquí!–pensó–, para llamar catedral a una iglesia más pequeña que la de mi pueblo. Para catedral, la de Valencia, o la Suprema que describe tan magistralmente Blasco Ibáñez. Cómo habría que llamar entonces a la de Colonia o a la de París.”

Lola y Arturo pasaban parte de sus vacaciones estivales viajando por el extranjero. A Lola le encantaba Oxford, Cambridge, Londres; esa fusión de lo viejo y lo útil. Arturo prefería las grandes autopistas alemanas, el trazado y robustez de los puentes sobre los inmensos ríos, los ferrocarriles eficaces y puntuales... La cerveza debía de influir en el optimismo germánico, consideraba Arturo. Los ingenieros de su generación veían en Alemania el paradigma del progreso.

III

Doña Sole era una virtuosa de la confitería. Había heredado de su padre tres o cuatro recetas mágicas que guardaba con celo en el interior de un cajón del aparador.

Las tres especialidades de la casa, fundada en 1918, habían prestigiado el establecimiento en la rica comarca en la que se asienta la pequeña ciudad. Las tortadas, las medias lunas y los bizcochos borrachos de “Las Delicias” no faltaban en las celebraciones de las familias de postín. Los ingredientes eran los de siempre: almendra, miel, azúcar, cabello de ángel, merengue, boniato,... Nada en particular. El secreto, según decía el padre de doña Sole, consistía en las proporciones: “Todo debe ser simétrico como en la Alhambra”, se ufanaba el fundador de la dinastía ejerciendo de granadino.

Los grandes competidores de los negocios confiteros eran los conventos de clausura. Las monjas elaboraban dulces que hubieran hecho chuparse los dedos a un príncipe romano de la Iglesia. El ahorro en los gastos laborales permitía a las enclaustradas ofrecer sus productos a precios más bajos que los de los establecimientos del ramo. El padre de doña Sole calificaba la situación mercantil de competencia desleal. Sólo visitaba la iglesia en los entierros de amigos y conocidos. Tras muchos años de residencia en la levítica ciudad, sus opiniones se atemperaron. Alguna que otra sotana galonada aparecía por “Las Delicias” al reclamo de las medias lunas del granadino.

Los años de la II República fueron los de mayor esplendor del negocio de la pastelería. La expulsión de las órdenes religiosas permitió un desahogo y expansión de la pastelería sin precedentes. Sin rivales en la elaboración y sin competencia en los precios, el padre de doña Sole pudo comprar la casa en la que llevaba instala-

do desde su salida de Granada. Reformó el inmueble y amplió el obrador y la confitería. Fueron los años dorados del negocio.

Al estallar la Guerra Civil, no disminuyó la actividad. Habíase instalado en un convento dominico de la localidad una Academia de Oficiales de Carabineros. Los jóvenes oficiales alegraban el ambiente mustio de la ciudad y frecuentaban los cafés, las tiendas y las reposterías donde se despachaban pastas y chocolate caliente.

Los uniformes y las gorras de plato habían desplazado de las calles las sotanas y las tejas. Aparecieron los cabarets y las salas de baile. Las muchachas disfrutaron de una libertad desconocida hasta la fecha. Los jóvenes aspirantes a oficiales de la Academia de Carabineros hacían estragos entre las jovencitas. La mayoría eran universitarios con la carrera terminada o a punto de concluir sus estudios.

Poseía la Academia de Carabineros una banda de música reclutada entre los músicos profesionales de las distintas bandas municipales de la provincia. Cada tarde, daban su pasacalle y desfilaron por las calles adyacentes al histórico convento. La pequeña ciudad situada en la retaguardia gozó durante los años de la guerra de un ambiente festivo y marcial que desapareció al término del conflicto sangriento.

Las chicas de la edad de Soledad salían a las aceras para vitorear a los gallardos carabineros y lucir sus palmitos y vestidos. Los jóvenes oficiales venidos de todas las regiones de la España republicana se admiraban de la belleza de las muchachas y del gusto que tenían para vestirse. Fueron años de incauta prosperidad ajenos a la terrible tragedia que se cernía. Muchos noviazgos surgidos en esta época terminaron en matrimonio. Otros en cenizas.

El local de "Las Delicias" era de los más frecuentados por los carabineros a la hora del chocolate. La mayor parte acudían a la confitería para admirar a la guapa hija del confitero. Soledad irradiaba por aquellas fechas una hermosura deslumbrante. Sus cabellos, sus ojos y sus piernas no tenían rival. Sol, mar y mármol.

Producía unanimidad en los hombres de distinta condición y edad. Todos concluían en que la hija del confitero era una criatura

monumental.

El invierno de 1937 fue muy frío. Nevó el mismo día de San José, el 19 de marzo. Formaban un grupo de tres compañeros. Irrumpieron en la confitería desprendiéndose de sus gorras de plato cubiertas de copos de nieve. Luis era el más alto y el más guapo, al menos, eso fue lo que le pareció a Soledad. Moreno de piel cetrina, parecía gitano. Un fino bigotillo le cubría el labio superior. Parecía un jeque nómada del desierto del Sáhara vestido de uniforme. El mismo día del levantamiento militar, se había graduado en Derecho por la Universidad de Madrid. Su padre, letrado de las Cortes, era autor de un famoso manual de Derecho Penal utilizado en varias facultades.

Las cuatro mesas del local de la confitería estaban ocupadas. Los tres amigos tuvieron que conformarse con un rincón del mostrador. Luis se quedó de una pieza al mirar los ojos marinos de Soledad. Cuando la vio salir del mostrador para retirar unas tazas, tuvo que acodarse en el mostrador de cristal. No era un muchacho enamorado. A pesar de su juventud, tenía alguna experiencia con el sexo femenino.

El impacto que le produjo la visión de Soledad le turbó profundamente. No se atrevió a dirigirle una palabra en el rato que pasaron en la confitería. Soledad seguía la mirada del madrileño con satisfacción femenina. Por fin la escudriñaba un hombre que merecía la pena. Se sentía asqueada de tanto viejo verde y de los ojos perrunos de los jóvenes. La mirada profunda y soñadora de Luis permanecería imborrable en su retina.

Los tres jóvenes abandonaron la pastelería con expresión recogida. Soledad respondió tímidamente a las palabras de despedida de los tres militares: “¡Adiós!” –fue lo único que se atrevió a decir mientras salían. En su interior, estaba convencida de que el guapo “gitano” volvería solo por allí.

El 14 de abril de 1937, se celebró en la pequeña ciudad un desfile militar. Las autoridades republicanas conmemoraban la proclamación de la II República. Fue un acto festivo y patriótico bajo los acordes del himno de Riego y con las calles engalanadas con los colores republicanos. La guerra se sentía próxima y la República

amenazada.

Las gentes se agolpaban en las aceras para ver pasar a los jóvenes oficiales de la Academia de Carabineros. Las cornetas y los tambores siempre han demostrado un gran poder de convocatoria.

Mujeres, niños y hombres maduros y viejos aplaudían y vito-reaban el paso de las tropas. Algunos rostros ceñudos se podían observar en los amplios ventanales del casino.

Los trabajadores de “Las Delicias” que se encontraban a aquella hora en el establecimiento salieron a la calle cubiertos de sus mandiles llenos de harina. Los clientes hicieron lo mismo. La gente participaba de un júbilo contagioso.

Soledad empujada por las dos chicas del servicio se dejó arrastrar por la turbamulta. El cuerpo de carabineros era de lo más lucido de las Fuerzas de Seguridad de la República. Las gorras de plato, los relucientes correajes, los uniformes bien cortados y el brillo de los fusiles configuraban un conjunto espectacular. Detrás de la bandera y de los oficiales venía una compañía de alumnos cadetes. Las primeras filas las ocupaban los carabineros más altos, los gastadores.

El “gitano”, el guapo del otro día ocupaba el primer puesto de la izquierda. Soledad, contagiada por el entusiasmo de la muchedumbre saludó calurosamente. Luis sintió el saludo de Soledad y le dedicó una sonrisa. A Soledad le pareció más guapo y más bizarro que la primera vez que lo vio.

Cerraba el desfile de la tropa de jóvenes carabineros la banda de música de la Academia. Ya no eran tan jóvenes ni tan bizarros. Lo que les faltaba de marcialidad lo suplían con oficio musical.

Las dos criadas y Soledad se retiraron con más fervor republicano que cuando salieron.

—¡Vaya mozos y con qué percha! —comentaba una de las chicas.

—¡Si me echo un novio así, me hago republicana de por vida!— bromeaba a carcajada limpia la otra. Soledad se retiró en silencio.

“La bien pagá” era el nombre de un cabaret situado en un rincón apartado, pero céntrico, de la pequeña ciudad. Las coplas de

Miguel de Molina ocuparon el imaginario musical de los años republicanos. El artista malagueño bajaba a la sordidez de los burdeles y era estimado por la clase intelectual con ribetes liberales.

La parranda primaveral de los tres amigos de la Academia comenzó con unos chatos de tinto con cacahuets y altramuces. A las once de la noche, aprovechando el pase nocturno, se hallaban en el cabaret sentados ante una mesa. El coñac comenzaba a surtir sus efectos. La noche se prometía dionisiaca y la botella se vaciaba entre copa y copa.

Luis y sus dos compañeros se achispaban con frenesí. La penumbra del antro exacerbaba sus ardores juveniles. Las furcias rondaban como moscas esperando que el pastel estuviera disponible. Los tres jóvenes cadetes resultaban apetecibles para el puterío cabaretero, hastiado de chulos y matones sindicalistas malolientes. Tres señoritos capullos disfrazados de uniforme, en busca de una hembra que los dejara satisfechos.

Apararon las luces de la sala y se encendieron dos focos rojizos en cada extremo del pequeño proscenio. Un olor penetrante y agrio de axilas sudadas y flores podridas inundó las narices de los tres amigos. Tres pendones tetudos se les habían sentado en la mesa en el momento del apagón.

—¿Qué tal guayabos? ¿Nos invitáis a un trago? ¡Esto parece un funeral!—soltó a manera de salutación la buscona que llevaba la voz cantante.

—¡Por supuesto, cachondas! ¡Camarero, unas copas para las señoritas!—les respondió el amigo de Luis que parecía más lanzado.

—¡Salud!

—¡Salud!—respondieron entrechocando las copas.

Un proxeneta elefantíaco, de labios pintarrajeados y rostro maquillado, al que llamaban la “Bella Otero”, se disponía a interpretar “Ojos verdes”. Un viejo de calva cadavérica se encontraba sentado ante el piano. La canción de Valverde, León y Quiroga se había convertido en repertorio obligado en los ambientes de vicio y perdición. El pianista no era un virtuoso, mas tocaba con gusto y musicalidad. La mariconna hizo una burda imitación de la estrella malagueña con sentimiento y emoción.

Luis, antes de que finalizara la actuación, se levantó y se despidió.

—Buenas noches.

—Pero, ¿qué mosca le ha “picao” a vuestro amigo? —interrogó, descaradamente, la golfa más chulapa.

—¡Déjalo, son cosas del amor! —respondió uno de los amigos de Luis.

—¡Sí, qué se vaya! Los enamorados en estos sitios son unos cenizos. ¡Te estropean el negocio!

Luis encendió un pitillo y se caló la gorra. Sus pasos le encaminaron hacia la calle donde se ubicaba “Las Delicias”. Era medianoche y el establecimiento permanecía cerrado y con las luces de la planta baja apagadas. En el principal, uno de los balcones dejaba pasar una tenue luz a través de las persianas bajadas.

Luis apretó el paso en dirección al edificio donde se encontraba la Academia. La letra de la canción de Miguel de Molina le golpeaba las sienes. “Ojos verdes, verdes como la albahaca, verdes como el trigo verde... Ojos, ojos verdes, con brillo de faca que se han clavaíto en mi corazón...”

“¡Qué demonios! ¡Algún día tenía que suceder! Desde que la vi por primera vez, me quedé prendado de sus ojos y de su cuerpo. Más vale enamorarte con locura y pasión que hacerlo con frialdad y sosiego. Escuché que la llamaban Soledad. En cuanto tenga ocasión le digo que estoy loco por ella. En mi vida he visto una criatura más hermosa”. Con estas cavilaciones llegó al cuerpo de guardia. Mostró su pase al centinela y se dirigió a los dormitorios enclavados en la primera planta del monasterio. Aquella noche se sintió feliz, la mirada de Soledad el día del desfile se le había clavaíto en su corazón”.

IV

La Semana Santa dejaba en Consuelo un poso de amargura. Su hermano y su familia regresaron, como cada año, a la capital valenciana. A Consuelo le remordía el corazón no sentir más que rencor por su hermano. Por fin, veía la casa libre de intrusos. Solas, su madre y ella

La última semana de abril se había presentado muy calurosa. Consuelo dejaba entreabierta una hoja del balcón, con la persiana bajada, para darse un respiro. Los mosquitos comenzaban a hacer de las suyas. Abrió el armario ropero para coger el bote de insecticida. En un rincón del mueble se apiñaban varias muñecas viejas y unos álbumes de fotografías. Apartó las muñecas con desdén y depositó sobre la cama los volúmenes de fotos. No le gustaba recordar su infancia ni verse fotografiada. Solamente la ternura que le producía la imagen de su padre le impulsó a abrir las pastas brillantes.

Varias fotografías de formato y tamaño de portafotos se salieron del álbum. Todas pertenecían a su Primera Comunión. Las había arrancado de los marcos en que se hallaban y escondido entre las páginas de uno de los álbumes. Una niña de siete años de aspecto enfermizo, pelambreira raquílica, con unas gafas de culo de vaso miraba a la cámara atemorizada. Un vestido de comunión desvaído la cubría con harto desangelo, parecía un retrato de amortajada con los ojos abiertos. Fue la primera imagen que quiso borrar de su vida.

Esa fecha, que para algunas niñas es un anticipo de celebración nupcial, fue uno de los días más infelices de su vida. Veía a las otras niñas vestidas de blanco y no sentía envidia de ellas. Sentía lástima de sí misma.

A1 salir de la iglesia, se arrojó en los brazos de su padre en

un mar de lágrimas.

–¡Esta chiquilla está loca y me va a volver loca a mí! –fue lo único que se le ocurrió decir a su madre.

Las fotografías de la familia de su padre le despertaban afectos dormidos. En una de ellas, debía de ser antes de la guerra, se veía a su padre en camiseta empujándose una bota de vino. Le acompañaban sonrientes su tía Eulalia y su tío Pepe. Escrito a lápiz por detrás, con letra de su padre, “Romería de San Isidro”.

No había encontrado ni una sola fotografía en toda la casa de la época del noviazgo de sus padres. Sólo las fotos de la boda. Su madre guardaba, en un cajón bajo llave de su ropero, un paquete de fotos y cartas de su juventud. Consuelo jamás pudo entrar a curiosear en el dormitorio de su madre. Doña Sole no permitía a ninguna de las criadas entrar en su habitación. Ella misma se hacía la cama y la limpieza del cuarto todos los días. Solía decirles amenazadoramente:

–¡Ya entraréis cuando yo me muera!

Las fotos del colegio estaban envueltas en luces y sombras en los recuerdos de Consuelo.

Le producían sentimientos contrapuestos en su alma. Los mayores momentos de plenitud física y espiritual los vivió en el colegio de monjas. Recordaba a la hermana Irene con cariño y gratitud. Fue la única monja que la comprendió y la defendió siempre, cuando ocurrió aquello .

“Para mi mejor amiga, Patrino”. Leyó el dorso de la foto y reconoció su caligrafía esmerada. En la época de la foto dedicada, ambas tenían catorce años.

El colegio de religiosas de “Jesús María” fue una auténtica liberación para Consuelo. Se pasaba en él la mayor parte del día como alumna externa .

A su padre le hacía ilusión que su hija Consuelo se codeara con la crema de las hijas del señorío de la ciudad. Las colegialas llevaban un uniforme que era un primor. Remigio deseaba para su hija los privilegios de los que él careció en su niñez.

Consuelo vistió el uniforme desde los seis años hasta los quince. A esta edad, doña Sole decidió que hacía falta en el negocio.

Arturo se encontraba en Valencia en los primeros cursos de su carrera de ingeniería.

La hija de la confitera vivió con plenitud los años escolares. Disfrutaba con todas las actividades que ordenaban las madres y hermanas de la Institución religiosa. Estudiaba con aprovechamiento e interés. Sobresalía en tres materias que le parecían afines: el cálculo, la geografía y la historia. Resolvía, mentalmente, las operaciones matemáticas y se adelantaba muchas veces a la profesora. Esto le granjeó algunas antipatías. La geografía la concebía y la expresaba en cifras. Los miles de kilómetros cuadrados de extensión de los países, los miles de kilómetros de longitud de los ríos, la altitud de las montañas, los millones de toneladas de producción de acero, de trigo, de petróleo..., Todo eran cantidades medidas en millares, en millones, que producían vértigo en sus compañeras.

La historia la sentía a través de la cronología. Cuanto más distante era un periodo histórico más le apasionaba. Calculaba en años la distancia del Pleistoceno o de Nefertiti a nuestros días. La Guerra de Troya estaba a la vuelta de la esquina, sólo había que multiplicar por la unidad seguida de dos ceros.

En la actividad física escandalizaba a las monjas. Sentía el atletismo y el deporte con la intensidad de los muchachos de su edad.

—¡No es lo propio, no es lo propio! —repetía para sí la madre superiora y directora del centro al contemplar las competiciones deportivas.

Consuelo poseía velocidad y potencia, dos cualidades físicas infrecuentes en las chicas de su generación.

Por aquel entonces, se puso de moda un deporte llamado “balón-tiro”. Consuelo esquivaba como un gato y golpeaba como un pelotari. Las compañeras procuraban jugar en el mismo equipo que Consuelo; se aseguraban la victoria y no regresar a casa con un balonazo molesto.

A los catorce años, fue campeona provincial femenina de salto de longitud. Cuando el gobernador civil le colgó la medalla en la capital de la provincia, creyó que le estallaba el corazón de satisfacción. Fue el momento más sublime de su vida. Las compañeras

del colegio y su padre aplaudían enardecidos. La madre Irene sonreía. La madre Ana, la superiora, estaba pasmada.

Aquel otoño vino precedido de tormentas e inundaciones. Las aguas del río anegaron las calles céntricas de la ciudad. Las clases comenzaron en la segunda quincena de octubre. Consuelo anhelaba el comienzo de curso, cuarto de bachillerato era un curso crucial para la obtención del título de Bachiller Elemental. La Reválida obsesionaba a las religiosas por el prestigio de los aprobados. Las alumnas de “Jesús María” obtenían las mejores calificaciones en el instituto de la capital de la provincia.

Patrito era una nueva alumna interna, procedente de uno de los pueblos más prósperos de la comarca. Morena azabache, de cabello largo y lacio. Las caderas y los glúteos de Patrito despertaron la curiosidad de Consuelo la primera vez que la vio en ropa deportiva. Tenía las formas más redondeadas que las muchachas que trabajaban en la confitería. Consuelo se había espigado como una caña de nódulos fibrosos.

Patrito era sosa y bobalicona en las clases. No se enteraba de nada. Sólo pensaba en chicos altos y guapos, a lo Gary Cooper. Recreaba las escenas de amor de las películas con verismo pecaminoso. Éste era su segundo internado. La falta de viveza para los estudios la suplía con una sensualidad precoz. Decía de todas las monjas que eran unas mojigatas. Consuelo tuvo que buscar la palabra en el diccionario.

Pasaron los meses y volvieron los calores con la primavera. El mes de mayo, el mes de María, era el preferido de Consuelo. Los cánticos marianos y los búcaros repletos de rosas, claveles y lirios de la iglesia del colegio causaban ensoñación en Consuelo.

La idea de profesar en una orden religiosa después del bachillerato le rondó por la cabeza en más de una ocasión. Las mujeres no pueden ser sacerdotes, pero sí misioneras; y recorrer África y las tierras del Nilo y del río Congo para ayudar a los pobres negritos a ser buenos cristianos. Enseñar en una misión perdida en medio de la selva o cuidar de los enfermos en un hospital, le parecían tareas de heroína y de buena cristiana. Sentirse libre de los vínculos que la ataban a su madre. Todos estos pensamientos le pasaban por la

mente durante las ceremonias religiosas. La clase de gimnasia les había dejado los cuerpos chorreantes de sudor. Todas corrieron, entre gritos y risas, hacia los vestuarios. Consuelo oía, desde el foso de arena, los gritos histéricos de sus compañeras bajo la ducha. Entrenaba con ahínco para superar su marca en el salto de longitud. Después de media hora de esfuerzos agotadores, se encontraba exhausta y con la arena pegada a su piel.

Recogió las gafas que había dejado en la rama de un árbol y se encaminó a las duchas. El patio se encontraba vacío y los vestuarios en silencio. Se dirigió al banco para recoger la toalla. Patrilo apareció desnuda secándose el pelo con una toalla. Consuelo se quedó petrificada. Sus ojos se posaron en el pubis oscuro de Patrilo. Se disponía a salir del vestuario cuando su compañera le dijo insinuante:

– Ven, acércate.

Consuelo dudó, pero se aproximó a Patrilo.

– Ponme la mano aquí y bésame.

Consuelo hizo lo que le ordenaba su amiga. Sintió un estremecimiento que la conmovió desde la raíz de sus cabellos.

En ese momento, dos compañeras que habían olvidado unas prendas de vestir irrumpieron en el vestuario. Al contemplar la escena, salieron despavoridas. Consuelo y Patrilo se separaron bruscamente.

La hermana Irene tardó cinco minutos en enterarse de la escena del vestuario. Las dos chismosas no omitieron detalle. La hermana Irene, que más tarde sería ordenada madre, tenía prestigio en la institución religiosa. Entre las alumnas gozaba de respeto por sus conocimientos y ecuanimidad. Había cursado la licenciatura de Ciencias Químicas en la Universidad de Barcelona, descendía de una familia de industriales textiles de Sabadell. Tocaba el piano y el armónium. Impartía las clases de Física y Química y Ciencias Naturales. También se ocupaba de la música y de tocar el armónium durante las celebraciones religiosas. Era el pilar más firme del colegio. Alumnas y colegas religiosas la tenían en gran estima.

Reunió en su habitación a las dos acusadas y las interrogó sobre lo sucedido. Patrilo fue sincera y descarnada:

–¡Tenía ganas y me dejé llevar por la tentación!

–¿Y tú, Consuelo, qué tienes que decir?

–¡Nada! ¡Ella no dice nada porque no hizo nada! ¡Todo lo hice yo! ¡Castígueme y expúlseme si lo considera! ¡Total, una vez más!... ¡Mi padre me parte un hueso! –respondió sincera y descaradamente Patrito.

Consuelo no llegó a despegar los labios, se admiraba de la valentía de su compañera.

Una expresión de comprensión y perdón afloró en el rostro de la hermana Irene. Se sacó el pañuelo y se enjugó una lágrima.

–Patrito, debes dominar tus impulsos. Tu corazón ardiente te traiciona algunas veces.

–Consuelo, cuando te quedas a entrenar avísame. Podéis marcharos, por mí no sabrán nada vuestros padres. ¡Adiós! –las despidió y cerró la puerta de su cuarto.

Patrito se dirigió al comedor donde sus compañeras de internado se disponían para la cena. Consuelo atravesó cabizbaja la portería y salió a la calle.

El rescoldo del vestuario duró dos semanas. El nombramiento de la madre Irene como Jefa de Estudios del colegio lo enfrió del todo.

En la última fotografía que Consuelo conservaba del colegio no se hallaba Patrito. Tuvo que repetir curso el año de aquello.

Doña Sole decidió que quince años y quinto de bachillerato bastaban para ser una buena pastelera. Consuelo, desde esa decisión de su madre, miró con encono a su hermano; se sentía humillada y discriminada por su madre.

V

El 1° de mayo de 1937 hubo una gran manifestación popular en la pequeña ciudad. Militantes de partidos de izquierda, sindicalistas y proletarios de todo el Frente Popular desfilaron, puño en alto, a los acordes de la Internacional. Banderas rojas socialistas, roji-negras anarquistas y tricolores republicanas pendían de los balcones oficiales.

La Casa del Pueblo estaba situada justo enfrente del casino señorial. Desde su fundación, antes de la dictadura del general Primo de Rivera, era el lugar de esparcimiento y cultura de la clase obrera. Los obreros ilustrados gozaban de su biblioteca. Los jóvenes de ambos sexos abarrotaban el salón de baile las tardes de los sábados y los domingos. Era una isla de permisividad en medio de tanto muro enclaustrado.

El día de la “Fiesta del Trabajo” se anunciaba un baile a las seis de la tarde.

Los cadetes de la Academia de Carabineros sobresalían por su estatura y por sus uniformes. A las siete no cabía un alfiler en el salón de baile. Reinaba una atmósfera sofocante y dulzona.

Luis apagó el pitillo y se separó del grupo de compañeros como un resorte. Acababa de divisar a Soledad que, en ese instante, irrumpía en el salón de baile acompañada de dos amigas. La orquestina acometía un chotis zarzuelero.

—Soledad, perdone, ¿quiere bailar?

—¡Yo no sé bailar esta pieza! —respondió sonrosadísima la guapa confitera.

—No se preocupe, yo la llevaré.

Se deslizaron por la pista entre los empellones de las otras parejas. Luis estaba hipnotizado por los ojos de Soledad. Dos esme-

raldas de un fulgor cegador que se le clavaban en lo hondo. El aroma penetrante de la piel de la muchacha le estaba llegando a lo más íntimo de sus sentidos.

Soledad no había estado nunca tan cerca de los ojos y del rostro de un hombre, sentía las palpitations del joven a través de su uniforme. Un mutismo paralizante les invadía.

Al terminar la pieza, les costó separarse. Eran dos cuerpos imantados por la misma energía.

—¿Cómo sabe mi nombre? —se le ocurrió decir a la joven para romper la tensión.

—La primera vez que la vi en la confitería, oí que la llamaban Soledad.

—Le debo parecer muy vieja.

—Todo lo contrario, ¿por qué dice usted eso?

—Aquí, sólo llamamos de usted a las personas mayores.

—Si me lo permite, perdón, si me lo permites, a partir de ahora te tutearé. Me llamo Luis Manzanares y soy de Madrid. ¡Vaya casualidad! —replicó el carabinero con risa forzada.

—¡Mucho gusto! Soledad López. Yo soy de aquí y no conozco más que Murcia y Alicante —respondió la confitera estrechando la mano de Luis.

—¿Es verdad que Franco está a las puertas de Madrid?

—¡Por desgracia, sí! Se combate en la Ciudad Universitaria a pocos kilómetros de casa.

Se les unieron las dos amigas de Soledad y ésta hizo las presentaciones oportunas. Dos compañeros de Luis se acercaron al grupo. Alguien propuso ir a tomar algo a la cantina del local.

Se acercaron a la barra que estaba repleta de jóvenes. Los obreros de cierta edad se encontraban en la primera planta jugando al dominó y a las cartas.

Casi todo el mundo pedía un porrón-zarza. Los jóvenes forasteros de lustroso uniforme preguntaron a las lugareñas qué era el porrón-zarza. Les explicaron que se trataba de un porrón de vino blanco con un poco de zarzaparrilla fresca. Todos estuvieron de acuerdo en demandar tan popular bebida. Las muchachas se atizaban unos tragos cortitos que las hacía inclinarse para no mancharse

los vestidos. Los jóvenes carabineros empezaban a poner expresión de turulatos ante el abismo de los escotes.

Las notas de un pasodoble empezaron a sonar. Acabaron con el contenido del porrón en un santiamén. Las tres parejas se lanzaron a la pista con decisión. Las chicas llevaban la iniciativa. Se movían con un donaire sensual y espontáneo. Gotitas de sudor les cubría el labio superior. Los alientos despedían un olor a vinagre azucarado.

Las dos amigas de Soledad eran unas morenitas que no tenían desperdicio. Uno de los amigos de Luis les increpó con chanza castiza:

—¿Qué os dan de comer en casa para ser tan guapas?

—¡Pasteles! —respondió una de las muchachas llena de regocijo.

Los porrones y los pasodobles se sucedieron hasta bien entradas las once.

Soledad y Luis hacía rato que habían abandonado el baile. Las once campanadas de la cercana catedral les devolvió a la realidad.

Se encontraban sentados en un banco del paseo de Sagasta próximo a la casa de Soledad.

La chica fue enterándose de la vida de Luis porque el joven no dejó de hablar en todo el rato. Las palabras de Luis sobre su familia estaban preñadas de dolor y de nostalgia.

La familia del madrileño permanecía en la capital sitiada por las tropas rebeldes de Franco. Los combates del Frente de Madrid se hallaban casi a las puertas de la ciudad. En la Ciudad Universitaria se combatía defendiendo cada manzana desesperadamente.

El relato de Luis dejó sobrecogida a Soledad. Lo que más le impresionó fue saber que, durante los bombardeos, tenían que abandonar los edificios para refugiarse en los túneles del metro. Los niños, las mujeres y los viejos buscaban despavoridos en la noche, casi desnudos y envueltos en mantas, los subterráneos del metro para protegerse de las bombas.

Luis había dejado en Madrid a sus padres y a sus tres hermanos. Dos varones y una chica un poco mayor que Soledad. A sus diecinueve años prestaba su servicio en un hospital de campaña de la

Universitaria. El estallido de la guerra había interrumpido sus estudios de Medicina.

El padre de Luis era un funcionario republicano de alto rango, responsable de las tareas judiciales encomendadas por la Junta de Defensa de Madrid. Luis decía que su padre había aceptado el cargo para evitar desmanes. El hermano menor de Luis era un chaval de sólo doce años. Luis no pudo contener un sollozo que le impidió continuar su relato.

Soledad, contagiada e impresionada por los sentimientos de Luis, dejó escapar unas lágrimas. Permanecieron en silencio durante unos minutos. Cada cual se enjugó su propio llanto y se miraron a los ojos.

Las pupilas de Soledad refulgían como las de una gata. Luis la besó en la boca con pasión y con ternura. El madrileño despegó sus labios de la bella muchacha y miró su reloj.

—Nos tenemos que marchar. Se ha hecho muy tarde. Antes de despedirnos quiero decirte que me he enamorado apasionadamente de ti.

Soledad, que había perdido la noción del espacio y del tiempo, le estampó un beso ruidoso, como callada respuesta.

Se levantaron y se dirigieron hacia la casa de Soledad. Las luces del establecimiento estaban apagadas. En la primera planta, permanecían encendidas las luces del dormitorio de los padres de Soledad.

—¿Te veré mañana?

—No lo sé, depende del servicio. En cuanto pueda salir, vendré para verte. ¡Buenas noches!

—¡Buenas noches, Luis! Yo también te quiero.

Soledad aguardó a que el joven oficial doblara la esquina para levantar la aldaba de la puerta. Temía que sus padres le montaran un número por regresar, inusualmente, a aquellas horas.

—¿Te ocurre algo? Tienes cara de alelada —la interrogó su padre.

—¡No, nada! Es que me he enterado de que están en guerra en Madrid.

—¡Vaya, no lo sabía! Si fuera sólo en Madrid...—rezongó ató-

nito el confitero.

Hasta esa noche, Soledad veía la guerra a mucha distancia, como algo que sucedía en un mundo ajeno a ella y a su entorno. Lo decían en la radio, en los periódicos, en la calle. Las personas mayores no hablaban de otra cosa. Sin embargo, su vida no había cambiado desde que estalló la guerra hacía diez meses.

¡Qué curiosa le resultaba la vida a sus diecisiete! En la misma noche, conoció la guerra y el amor. Hasta entonces, no había sentido nada especial. Sólo miradas, sobresaltos. Ahora, era un fuego que te quema y en el que deseas abrasarte. Nunca antes de esa noche había sentido unos labios en los suyos. El beso de Luis le había dejado un sabor de alegría y de dolor. Los besos de los galanes de cine de las películas le parecieron falsos. Ella sentía una convulsión en sus entrañas y en su corazón que no veía en los rostros de las enamoradas de la pantalla. Si esto era el verdadero amor, la Garbo era una esfinge.

Trató de imaginarse a su familia, en mitad de la noche, bajo el aullido de las sirenas, protegiéndose en los túneles del Metro. Sintió una profunda pena por los hermanos y los padres de Luis. Ella creía que estos guapos jóvenes de uniforme habían venido para destruir los corazones de las mozas del pueblo.

Tenía que hablarles a sus padres de Luis, que la ausencia de su familia le resultara menos penosa. Apagó la luz e intentó dormirse.

—¡Estoy enamorada del “gitano” más guapo del mundo!
—murmuró contra la almohada.

Soledad no gastó mucha saliva para convencer a sus padres de su enamoramiento. Su madre se mostró, al principio, escandalizada. El argumento andaluz y senequista del padre de Soledad dejó desarmada a su mujer:

—Más vale que el novio de la niña entre en casa con buenas intenciones. Los amores prohibidos terminan en el convento o en el burdel. Además, es un muchacho de buena familia y necesita afecto. A esta niña no hay quien le ponga el freno si ella no quiere. La madre de Soledad agachó la cabeza y continuó con sus labores.

Soledad perdía los vientos por su “gitano” y éste veía en

todas las mujeres los luceros verdes de Soledad.

Luis pertenecía a aquella generación de jóvenes deslumbrantes que truncó la Guerra Civil de 1936. Le apasionaba el Derecho y la música. Era un devoto de don Manuel de Falla y un ferviente admirador de García Lorca. Prefería el Lorca recopilador de canciones populares antes que el Lorca poeta. Admiraba al García Lorca dramaturgo, del que no se había perdido un solo estreno en Madrid. El padre de Soledad se ufanaba de ser granadino, se enorgullecía de haber conocido a la madre de García Lorca, doña Vicenta Lorca Romero. Cuando hablaba del poeta asesinado en Granada se le saltaban las lágrimas.

Luis tenía chispa y el padre de Soledad duende granadino. Las veladas después de la cena, entre copita y copita de “Machaquito” dulce, terminaban con las canciones recogidas por Lorca del acervo popular.

Soledad y su madre terminaron por aprenderse de memoria: “Los cuatro muleros”, “En el café de chinitas”, “Yo me subí a un pino verde”..., La madre de Soledad no conocía esta faceta de su marido. Soledad nunca había visto a su padre más contento y satisfecho que en los meses que duró su noviazgo con Luis. Sentía celos de su novio, su padre lo quería como a un hijo de su propia sangre.

La guerra continuó su curso inexorable hacia la derrota republicana. Las noticias procedentes de los distintos frentes eran alarmantes y desalentadoras. La República perdía terreno en todas partes. Se hablaba, incluso, de una “Quinta Columna Fascista” que operaba desde la retaguardia republicana. El padre de Soledad afirmaba haber escuchado rumores de la existencia de quintacolumnistas en la pequeña ciudad, que se comunicaban por radio con la zona de Franco. El objetivo fundamental de estos espías e infiltrados eran las promociones de Tenientes de Carabineros que, periódicamente, salían para los distintos frentes de combate.

Soledad y Luis se sintieron novios desde la primera noche. A principios de junio de 1937, Luis ya había conocido a los padres de Soledad y entraba con asiduidad en el hogar de los confiteros.

Se aproximaba la feria de agosto de 1937. Luis, en un arrebatado de los que le caracterizaban, quiso aprovechar los dieciocho

años de edad que iba a cumplir Soledad para pedirla en matrimonio. La primera respuesta de la madre de Soledad fue que le parecía una locura. Una vez más, predominó el estoicismo granadino del confitero.

—La guerra es la enemiga de la vida, no la muerte. La muerte es natural —el padre de Soledad, después de un momento de reflexión, añadió sentencioso:

—La niña va a cumplir los dieciocho. A Luis le quedan unos pocos meses para obtener el despacho de Teniente. Después lo mandarán al Frente. Que disfruten de la vida mientras puedan.

Se organizaron los preparativos de la boda para el 15 de agosto, final de las fiestas de la Feria del pueblo.

Luis escribió a su familia para comunicarles la feliz noticia. Su padre le respondió con una carta larga y meditada que contenía casi las mismas consideraciones que pensaba el padre de Soledad. Entre otras cosas, le reconocía responsabilidad, sentido del deber para con la familia y la nación, ésta en trance tan delicado. En cuanto a sus decisiones personales, terminaba diciéndole que si había demostrado ser un hombre para encarar la guerra y los estudios de Derecho, también lo sería para enfrentarse al matrimonio. Lo importante es que sintiera amor de verdad por esa chica, le aconsejaba en la carta.

Una sencilla y breve ceremonia civil los convirtió en marido y mujer. Soledad, con un vestido de hilo blanco, estaba resplandeciente. Los ojos más verdes que nunca y los cabellos con el brillo del limón. Luis vestía el uniforme de Alférez de Carabineros con dignidad y elegancia. Un capitán del Cuerpo, profesor de Luis, actuó de padrino. La madre de Soledad fue la madrina. Compañeros de Academia de Luis y amigas de Soledad ejercieron de testigos.

Al término de la ceremonia, el Juez, viendo llorar al padre de Soledad a moco tendido, le espetó: “¡Enhorabuena! Con una hija tan guapa y un yerno tan bizarro los nietos serán de dulce”. Abandonaron el edificio de los Juzgados bajo un sol inclemente de mediodía.

La umbría del obrador de la confitería les esperaba para el banquete nupcial.

Después, el amplio obrador de la pastelería, apagados los fogones y el horno, resultaba un lugar agradable y fresco orientado a levante.

La penuria de la guerra obligó al confitero a agudizar su imaginación. No faltaron unas botellas de fino oloroso, bien fresquito, como decía el padre de Soledad que había que tomarlo. Una pequeña tarta nupcial puso punto final al convite. Resultaba un despilfarro para un confitero que sufría la escasez de abastecimientos desde el comienzo de la contienda. El padre de Soledad había invitado a un amigo guitarrista, y, al final, todos terminaron cantando el popular repertorio lorquiano hasta que quedó una gota en las botellas.

Soledad estaba radiante de hermosura y felicidad. Era la novia más guapa que había pasado por los Juzgados. Los ojos de Luis brillaban de satisfacción, mas una expresión leve de tristeza los ensombrecía.

A todos se les saltaron las lágrimas, cuando en el brindis final, el novio mencionó a su familia. La guerra pesaba como una losa en el ánimo de la gente.

Decidieron pasar la luna de miel en un pueblecillo a orillas del mar, distante unos treinta kilómetros. Era la ilusión de Luis desde que descubrió el mar hacía unos años.

Disponía de tres días para estar con su mujer, porque Soledad ya era su mujer. Parecía increíble. Todo había sucedido tan rápido como en un sueño.

Soledad y sus padres habían confiado en él, un forastero y un desconocido, en esta época aciaga que les había tocado vivir. Cuando tanto desaprensivo se aprovechaba de lo trepidante de la vida para engañar a las familias. Desde el primer momento, lo admitieron en su hogar con amor y comprensión. En los tiempos difíciles, las personas inocentes y sencillas abren su corazón de par en par. Deseaba ardientemente que la guerra finalizara para que sus padres y sus hermanos pudieran conocer a Soledad y a su familia.

Un coche de punto les aguardaba para acercarlos al puerto de pescadores. Cargaron el equipaje y entre besos, abrazos y lágrimas partieron hacia la mar.

El ambiente abrasador de la pequeña ciudad caldeada por la

sierra se fue suavizando con la proximidad marina. La luna inundaba con su luz la pequeña bahía y los pesqueros se mecían lentamente.

El olor de la brea y del salitre inundó la habitación al abrir el balcón, que miraba al pequeño puerto de pescadores. No llegaron a abrir las maletas. Luis y Soledad se besaban con una pasión desatada por meses de espera.

El cuerpo desnudo de Soledad dejó a Luis sin aliento, su contacto le produjo espasmos. La muchacha de dieciocho sintió en todo su ser la plenitud del amor.

El resplandor del sol saliendo de las aguas del mar les hizo sentirse el hombre y la mujer más felices del mundo. No abandonaron la habitación hasta el mediodía.

El verano pasó como una exhalación en sus vidas de recién casados. La llegada del otoño y el paso de los días sumían a Soledad en una tristeza profunda. Sólo manifestaba su alegría en presencia de Luis.

La próxima promoción de Tenientes de la Academia de Carabineros iba a recibir sus despachos el día de Navidad. Luis pertenecía a esta promoción. Después saldrían en convoy militar hacia el frente. Soledad se sentía la más dichosa y la más desdichada de las mujeres. Acababa de conocer el amor y le quitaban el sabor de los labios bruscamente. Con qué derecho disponía la República de su Luis. Luis era suyo, ella era propiedad de Luis. Ella ya le pertenecía a Luis más que a sus padres. Todas estas cavilaciones la hacían llorar por los rincones y mirar con odio los uniformes. No entendía la guerra, ni sus causas ni su estallido ni nada. Ella sólo sabía amar. Odiaba a Franco y a los fascistas sin saber quién era el uno ni quiénes eran los otros. Eran los que habían provocado esta guerra sangrienta que estaba causando tanto dolor.

Las noches libres de servicio, Luis las pasaba en casa de Soledad. Durante la cena, el padre de Soledad y Luis pegaban la oreja a la radio para descifrar los partes de guerra provenientes de ambos bandos. No hacían ningún comentario. El ceño preocupado de su marido y las maldiciones masculladas por su padre convencían a Soledad de que las cosas iban de mal en peor. En apenas unos

meses, las sobremesas nocturnas habían perdido alegría y entusiasmo. Los hombres conocían el peligro, las mujeres lo barruntaban.

La Academia de Oficiales de Carabineros ocupaba uno de los edificios más nobles e históricos de la ciudad. La fachada y la planta de la fábrica son herrerianas. La portada de la iglesia y la del antiguo convento dominico se hallan separadas una docena de metros. Esta última conserva el porte y la sobriedad del Renacimiento castellano. Una tercera portada se abre a lo largo de un muro de sillares. Por ella entraban, desde finales del XVI hasta principios del XIX, los estudiantes de la antigua Universidad Literaria. En los meses finales de 1937, los cadetes de la Academia de Carabineros llenaban las aulas de un claustro barroco espléndido.

Luis por su carrera de Leyes y por sus brillantes calificaciones estaba llamado a ser uno de los primeros de su promoción. En otros tiempos, menos trágicos que los que atravesaba la nación, se hubiera sentido satisfecho de las piedras que pisaba cada día. La ausencia de su familia, allá en el Madrid de los bombardeos, y la incertidumbre del desenlace de esta guerra fratricida le producían un hondo penar.

Antes de su partida de la capital y del estallido de la guerra, había presenciado tiroteos entre compañeros de Facultad que frecuentaban, en los primeros años republicanos, la cervecería de Correos en Madrid.

Los excesos ideológicos de algunos líderes políticos de la izquierda y la intolerancia secular de las derechas había desembocado en esta masacre sangrienta que sembraba el país de cadáveres jóvenes. Este era el sentir de su padre que se consideraba un republicano liberal. Por su formación jurídica, su padre huía de los extremos como de la peste. Luis asentía los planteamientos de su padre con matizaciones propias de sus impulsos juveniles. Le repugnaba la violencia como a todo hijo de bien nacido; pero, el fascismo y la guerra no se paraban con argumentos. Había que ganar la guerra a toda costa y luego se rectificarían los errores cometidos.

El invierno se presentó inexorablemente con la puntualidad acostumbrada. Los preparativos en la Academia de Carabineros se hacían ostensibles para el Día de la Entrega de Despachos. Una ten-

sión contenida reinaba en el ambiente de los futuros oficiales. Dos sentimientos contrapuestos les embargaban. Iban a obtener un despacho de tenientes y un pasaporte para el frente. El día de Navidad, después de recibir la distinción correspondiente, embarcarían en un transporte militar para dirigirse a las distintas unidades de campaña a donde habían sido destinados. Eran oficiales preparados y mentalizados para mandar hombres en combate. Las Autoridades Militares habían previsto el traslado inmediato para evitar las despedidas dramáticas.

Los ojos verdes de Soledad brillaban con menos intensidad por las lágrimas vertidas en los últimos días. La idea de la partida de Luis la sumía en una tristeza profunda. Su embarazo se lo confirmó su madre antes que nadie. Después, un médico militar de la Academia, amigo de Luis, confirmó el diagnóstico de la confitera.

Luis sintió una enorme alegría al saber que iba a ser padre. La responsabilidad contraída por la nueva situación dejaba en su semblante una expresión de preocupación. Soledad dejaba de llorar en su presencia y reía nerviosamente.

La Nochebuena de 1937 se presentó como una intrusa que contagia la tristeza y la desventura.

Un recogimiento apenado presidió la cena de la vigilia de Navidad. Los padres de Soledad y los dos jóvenes se encontraban sentados a la mesa del comedor. La madre de Soledad quería ofrecerle a su yerno el rincón más elegante de su hogar. Soledad y Luis hubieran preferido la intimidad del cuarto de estar.

El confitero granadino andaba achacoso en estos primeros días invernales, se mostraba callado y poco comunicativo. La madre de Soledad estaba alarmada y le insistía para que visitara al médico. Luis demostró, una vez más, su entereza. Borró de su rostro todo vestigio de tristeza. Trataba a los padres de Soledad con gran delicadeza y afecto y éstos le correspondían con absoluta entrega. Desde el primer momento, lo aceptaron como a su propio hijo.

El pastelero y su mujer se levantaron de la mesa con discreción y dieron un fuerte abrazo a sus hijos. Las consabidas felicitaciones navideñas se omitieron en aquella noche de despedida angustiosa.

El humo del pitillo de Luis impregnó la habitación de un olor acre. Soledad apagó la lámpara del comedor y la luz de la calle penetró por los ventanales proyectándose en la pared. Luis se acercó a los cristales y contempló el silencio de la calle. Su mujer lo sacó de su marasmo estrechándolo entre sus brazos con avidez. Se amaron entre sollozos y jadeos hasta bien avanzada la madrugada. La consciencia de la inminente separación los llenaba de angustia y de ansiedad. La extenuación de sus jóvenes cuerpos pudo más que la excitación nerviosa de sus cerebros, se quedaron dormidos estrechamente abrazados.

La última campanada de las seis provocó un sobresalto en el madrileño. Le hizo dar un bote en la cama, cubrió con las mantas el cuerpo de su mujer y abandonó el lecho caliente.

El día de Navidad de 1937 despuntó frío y luminoso. El acto de la entrega de despachos de la Promoción de Tenientes de Carabineros de 1937 comenzó a las nueve de la mañana. Un toque de corneta vibrante y persuasivo convocó a los familiares y asistentes al claustro de la Universidad de la Academia.

Soledad y su madre y el resto de los asistentes y familiares atravesaron una crujía renacentista soberbia y esbelta que da acceso desde el claustro del histórico convento al claustro de dos plantas de la vieja universidad. Se habían dispuesto sillas en las partes cubiertas del claustro bajo para los asistentes. La atmósfera invernal, el ambiente castrense y la magnificencia del claustro barroco mantenían sobrecogidos a los asistentes.

En el lado opuesto de la crujía de entrada, se había instalado un tarima. Los jóvenes oficiales marcharían marcialmente hasta ocupar sus posiciones en la parte descubierta del hermoso recinto.

Soledad y su madre se sentaron en una fila de sillas próxima a la tarima presidencial. Querían ver de cerca el rostro de Luis al recibir su nombramiento. Una marcha militar anunciaba la llegada de las formaciones uniformadas y el comienzo del acto. Los jóvenes carabineros desfilaban al son del tambor envueltos en sus flamantes uniformes. Cinco compañías de Oficiales Carabineros ocuparon el puesto que se les había asignado con resolución y prontitud. La bandera tricolor se colocó en un pedestal sobre la tarima. El coronel-

director de la Academia se situó junto a la bandera y saludando militarmente mandó firmes.

Los acordes del himno de la República sonaron y el público se puso en pie. Fue el auténtico clímax colectivo de aquel acto militar. Los oficiales saludaban, los paisanos se descubrían y algunas mujeres lloraban. La madre de Soledad trataba de consolar a su hija que lloraba con amargura. Al finalizar las últimas notas, el Coronel-Director mandó descanso a las tropas y los asistentes ocuparon sus asientos. Una arenga, entre castrense y política, terminó de impresionar a los corazones más fríos: “El Frente Popular, y en su nombre, el Ministro de la Guerra tenían puestas sus expectativas en estas jóvenes promociones de Tenientes de Carabineros que formaban la flor y nata del Ejército de la República y que servirían para derrotar al fascismo y conseguir el triunfo definitivo del pueblo...”

Soledad tenía amorado su pañuelo y no quitó sus ojos, ni un solo minuto, del perfil de su marido.

Los vítores de rigor pusieron el punto final a las palabras de la autoridad militar. A continuación, el teniente coronel Secretario de la Academia procedió a la lectura de los nombres de los flamantes tenientes, por orden riguroso de Promoción:

–Segundo, Luis Manzanares.

Al oír el nombre de su marido, Soledad no pudo reprimir un grito desesperado que chirrió entre las columnas del claustro.

Luis recogió su despacho y volvió a la formación sin atreverse a mirar el lugar que ocupaba Soledad y su madre.

Cuando el último alférez hubo recogido su ascenso, se retiró la bandera y precedidos por el coronel desfilaron las tropas abandonando el claustro por la misma crujía por la que habían accedido. Fue un acto sencillo, breve y castrense escenificado en un marco inadecuado.

Se tenía prevista la partida hacia el frente para después del almuerzo.

Se había improvisado un frugal banquete de despedida para familiares y futuros combatientes que no desentonaba en el ascético recinto del refectorio.

La madre de Soledad creyó conveniente dejar que sus hijos

disfrutaran de sus últimos momentos de intimidad. Al despedirse de su yerno, le entregó un escapulario con la efigie de Nuestro Padre Jesús Nazareno, Patrón de la Ciudad, y unas palabras de justificación:

—Aunque sé que tú no crees en estas cosas, en este pueblo le tenemos mucha devoción. Él te protegerá como si te lo hubiera entregado tu madre. ¡Adiós, hijo, cuídate! —le dio un abrazo y se marchó llorando.

Un toque de corneta, a las tres de la tarde, convocará a los jóvenes tenientes para la subida a los camiones que debían conducirlos hasta la estación de ferrocarril, donde les aguardaba el convoy militar. Soledad y Luis abandonaron el comedor, salieron a un patio recóndito del recinto monacal abrigado por unos magnolios centenarios que le proporcionaban una techumbre natural. Al fondo, una gruta inmensa estaba coronada por una cornisa de rocas. Era el rincón predilecto de Luis en las horas abrasadoras del estío y en los momentos de abatimiento. Se sentaron en una roca desprendida que recibía un rayo de sol milagroso en aquella umbría perenne. Soledad tenía recostada su cabeza sobre el pecho de Luis y el brazo derecho de éste la estrechaba con fuerza.

—No dejes de escribirme ni un solo día, cuando recibas mi primera carta y sepas mis señas. Háblame de ti, de cómo te encuentras y de nuestro hijo. No dejes de venir a la enfermería de la Academia una vez a la semana. Ahora, lo más importante es tu salud y el estado de la criatura que llevas dentro. Si la suerte nos acompaña, puede que la guerra haya terminado y me encuentre de vuelta para la fecha del parto. Tienes que mantener la esperanza y la alegría por ti, por el niño y por mí. No quiero que derrames ni una sola lágrima más. Tenemos que estallar de júbilo por habernos conocido. Nos amamos como no habíamos soñado hacerlo y el fruto de ese amor lo llevas en tus entrañas. Debes huir de las emociones fuertes en tu estado. No escuches los partes de guerra de la radio por la noche y acuéstate temprano. Yo te mantendré al tanto con mis cartas. Bebe mucha leche y come naranjas, los frutos de esta tierra privilegiada en que has nacido ayudaran a nuestro hijo a nacer sano y fuerte. Quiero conservar en mi corazón el fulgor de tus ojos y el

sabor de tus labios. Si sigues llorando se me va a quedar un recuerdo amargo. Ella selló los labios de Luis con un beso interminable. Sus dedos contornearon el rostro de su marido y le revolvieron los cabellos. Quería posesionarse de sus perfiles y retenerlos en sus manos.

Un toque fatídico de corneta anunciaba la inminencia de la marcha para dentro de media hora. Los Tenientes de Carabineros de la promoción de Luis Manzanares debían recoger sus petates y estar en formación en sus respectivas unidades a la hora convenida. La guerra no sabía de dilaciones amorosas.

Luis se levantó con brusquedad y llevando enlazada a Soledad por la cintura, la acompañó hasta la puerta de la Panadería de la Academia que linda con una de las calles adyacentes.

—¡Vete, no me hagas sufrir! ¡No podría soportar verte llorar mientras parto en el camión! ¡Eres lo más hermoso que me ha ocurrido en mi vida!

La dejó en la puerta y respondió el saludo militar del centinela sin volver la cabeza.

VI

Consuelo abandonó el colegio con mucha amargura. Terminó el quinto de bachillerato con unas notas extraordinarias. Quería demostrar a su madre que era responsable y valía para estudiar. El interés de la madre Irene por la continuación de sus estudios se estrelló contra la tozudez de doña Sole. Había decidido que Consuelo, a sus quince años, tenía que ser pastelera como lo había sido ella.

Arturo no contaba para el negocio. A pesar de ser hombre, debía terminar su ingeniería y dedicarse a la vida de ingeniero. Esto de la confitería era muy esclavo, aunque se ganara dinero. Su hijo Arturo estaba llamado a ser uno de los elegidos de la vida gozosa. Por otra parte, Arturo no quería oír hablar de la confitería. La marcha del negocio no le preocupaba. Disfrutaba de la vida de estudiante de ingeniería, eran los elegidos de la fortuna y del talento.

Los meses veraniegos los pasó Consuelo como en vacaciones anteriores. Con la llegada del otoño y el comienzo del curso, la nostalgia del colegio se fue haciendo insufrible. Fue la primera gran añoranza de su vida. Se añora lo que se ha perdido. La segunda fue la muerte de su padre. El recuerdo de aquel otoño dejó una cicatriz abierta en su corazón.

Consuelo ya no era la misma. Visitaba a la madre Irene en las festividades más sonadas. Siempre le llevaba una bandejita con las especialidades de la casa, de parte de su madre.

La hija de la confitera había perdido, en seis meses, aquella energía que la caracterizó en sus años escolares. Se fatigaba muy a menudo. Una sed incontenible la invadía hiciera frío o calor. Al cabo de un año de abandono del colegio, el rostro de Consuelo había sufrido el paso del tiempo.

El médico de cabecera diagnosticó lo que se temía desde los primeros síntomas. Consuelo padecía una diabetes que se había acelerado, en los últimos meses, porque la muchacha había sufrido una fuerte emoción.

—Amigo Remigio, la genética es un guardiana que siempre aparece cuando menos te lo esperas —fue la explicación del facultativo al padre de Consuelo.

Doña Sole y Remigio lloraron con desesperación después de confirmarse el diagnóstico previo con unos análisis.

Consuelo, por resignación o por ignorancia, no emitió una lágrima. Escuchó las palabras del médico como escuchaba los consejos de la madre Irene. La disciplina y la docilidad habían modulado su carácter. El médico pensó en lo paradójico de la situación: “La hija del pastelero no puede comer pasteles”.

Con el paso de los años, la enfermedad del padre y de la hija les unió como en la etapa anterior a la entrada en el colegio. Lo compartían todo, hasta la insulina que se inyectaban cada día.

Consuelo tenía dotes para la organización administrativa y económica del negocio confitero. Las letras de los bancos se pagaban con puntualidad y los pedidos de existencias se hacían con control y medida. Doña Sole presumía del celo contable de su hija.

La muerte de Remigio dejó a su hija en la más absoluta orfandad afectiva. Las secuelas de la enfermedad acabaron con el sufrimiento de su corazón. A sus veinte años, Consuelo se encontró más desolada que cuando su madre la sacó del colegio, e, incluso, cuando el doctor García la informó de su enfermedad.

El tiempo, que todo lo cura, fue amortiguando el eco de su dolor. La ternura y la simpatía de Perico hicieron el resto. Se la llevaba a todos los ensayos y estrenos de su compañía de aficionados. El coñac lo sustituyó por la cerveza y por Consuelo.

La hija de la confitera descubrió, gracias a Perico, el mundo de la zarzuela y de la ópera. En los momentos de mayor desesperación, se ponía un disco y terminaba cantando al unísono con el tenor. En pocos años, logró reunir casi la discografía completa de Alfredo Kraus de venta en España. La música llegó a convertirse en su dama de compañía.

Perico le devolvió el amor paterno perdido y le descubrió el amor al arte. Doña Sole había conservado el gusto musical de sus años mozos y se embelesaba al oír los discos de Consuelo.

La enfermedad de la hija se aceleraba con el paso de los años. Se había convertido en una solitaria que sólo salía de casa acompañada de Perico. Los jóvenes de su edad la encontraban rara, además, los vestidos holgados le disimulaban cualquier atisbo femenino.

A través de los enormes escaparates de la confitería, Consuelo contemplaba el trasiego de las vidas ajenas apoyada sobre el mostrador.

Sarita, su vecina, la hija de don Cosme y de doña Cecilia derrochaba vitalidad por los cuatro costados. Tenía una acogida extraordinaria entre los muchachos rompecorazones y lanzados que la acompañaban hasta la puerta de su casa cada noche. No le faltaba palique y coquetería a la joven maña. Los ojos le centelleaban y a las caderas les faltaba acera cuando se movía. A simpática, cariñosa y educada no le ganaba ninguna.

Doña Sole perdía los vientos por la familia de Sarita. Doña Cecilia era una asidua chocolatista del salón de doña Sole. La señora del funcionario judicial hablaba por los codos. Don Cosme daba los buenos días y las buenas noches.

Perico, tan aficionado a motejar a la gente, ya los había bautizado: la cotorra, su cría y el espantapájaros. En verdad, don Cosme parecía un espectro enlutado sacado de una película expresionista. De lejos, sólo se le veía su sombrero de alas anchas del que pendía un traje descolorido y holgado.

Perico decía que en el Juzgado se comería los legajos del hambre que arrastraba.

Sarita era la única amiga de Consuelo después de su etapa estudiantil. A la mayoría de las amigas del colegio no las frecuentaba. Al término de la veintena, casi todas estaban casadas y con hijos.

La madre Irene hacía más de diez años que se había marcado a la Guinea Española. La habían nombrado directora del colegio en Fernando Poo. Consuelo y la madre Irene mantenían una corres-

pondencia periódica en los periodos vacacionales. Le había enviado varias fotos en las que se encontraba rodeada de unas negritas muy graciosas y risueñas. La expresión de la madre Irene se veía feliz. La hija de la confitera la mantenía informada de sus progresos musicales.

La vida de Consuelo transcurría sin grandes alegrías, pero sin contratiempos.

La borrasca se aproximaba cada año con la llegada de la Semana Santa y de su familia de Valencia. La glucosa le subía y le daban trastornos. Para tenerla contenta, su cuñada le traía las últimas novedades operísticas y se las ofrecía como regalo. El malestar de Consuelo lo amortiguaba la música y el cariño de Perico.

A la hora de la siesta, enmudecía la pequeña ciudad. La estridencia monótona de las cigarras condensaba el calor. Doña Sole roncaba en su mecedora en el rincón más fresco de la vivienda. Consuelo repasaba las carátulas de sus discos, echada boca abajo en su cama, privándose de la música por miedo a despertar a su madre. La criada joven trajinaba en la galería con la colada mientras que la sirvienta de más edad dormitaba en la cocina.

—¡Anda, Consuelo! ¿Me echas una mano con la ropa, que voy a tender? —entró en el dormitorio de Consuelo, con el gracejo que la caracterizaba, la sirvienta de unos veinte años.

Consuelo se abrochó la blusa y se recompuso la falda, con una sonrisa de asentimiento y descalza, se dispuso a ayudar a la chica. Era una muchacha zalamera y díscola con la que Consuelo se había encariñado. Asieron cada una de un asa un enorme balde rebosante de ropa refrescante. Subieron cargadas los dos pisos que las separaban del terrado. Dos filas de cuerdas de tender se alineaban paralelas bajo un sol inmisericorde. La atmósfera era abrasadora y la luz del sol cegaba. El ardor del pavimento hizo retroceder a Consuelo y la obligó a bajar a su habitación en busca de sus zapatillas. Cuando regresó, la ropa continuaba en el balde y la sirvienta abocada a la medianera del terrado contiguo.

Consuelo se disponía a llamarla y la muchacha le hizo un gesto para que se callara y se acercara. La hija de la confitera se aproximó, asomó su cabeza por encima de la pared rugosa de yeso

ennegrecido. La visión la dejó petrificada y, a continuación, un rubor la recorrió entera y se le fijó en las mejillas. Su vecina, la hija de don Cosme y doña Cecilia, Sarita, se encontraba totalmente desnuda encima de una toalla de baño, en el suelo de la azotea. Tomaba el sol con los ojos cerrados mirando al cielo.

–Pero...¿Cómo puede estar tumbada así, como Dios la echó al mundo? –fue lo único que se le ocurrió decir a Consuelo en voz baja.

–¡No! Dios no la echó al mundo con esas tetas ni con esa macha oscura entre las piernas –le replicó la joven sirvienta con una picardía alborozada.

–¡Anda, vámonos, que hay que tender toda la ropa y el sol abrasa! –le contestó Consuelo.

–¡Pues, por lo que parece, ésta no tiene miedo del fuego!

Se dieron prisa en colgar la ropa de las cuerdas de tender porque el sol quemaba y las avispas revoloteaban acechantes. Recogieron el balde, y, antes de cerrar la puerta de la azotea, la sirvienta volvió a asomarse por la pared medianera. Consuelo se encontraba azorada y estuvo en un tris que no se cae por las escaleras. La picarona de la moza reía, y detrás de una chanza se le ocurría otra. Consuelo le rogó que se calmara porque iba a despertar a su madre. La penumbra de la escalera y la umbría protectora de la primera planta les resultaron gratificantes. Fueron derechas a la cocina y se refrescaron brazos y cuello en el grifo del fregadero. Se habían soltado los primeros botones de la blusa y el agua les discurría entre los senos. Abrieron la parte inferior de la nevera de la cocina y se pegaron unos buenos tragos del botijo.

Consuelo se retiró a su dormitorio y la sirvienta continuó con sus faenas domésticas.

La hija de la confitera se quitó la blusa empapada en sudor y se contempló en el espejo de su armario ropero. Su pecho hundido y raquíptico era de una naturaleza distinta al de su amiga Sarita. Se sintió acomplejada e insignificante y volvió a tumbarse en el lecho, entornó los párpados y empezó a invadirle la modorra.

El cuerpo desnudo de Sarita, sudoroso y brillante, a pleno sol, no se le iba de la retina. Siempre le pareció una muchacha

estrambótica y alocada que buscaba la mirada penetrante de los hombres. Se sorprendía que de dos seres tan escuchimizados e incorpóreos, como don Cosme y doña Cecilia, hubiera surgido una carnalidad tan rotunda. Los recuerdos del colegio la invadieron como el sudor que envolvía todo su cuerpo. La imagen de Sarita se vio suplantada por la de Patrino, y la escena de los vestuarios se tornó viva y próxima. Abrió los ojos y se encontró mojada y pegajosa. Decidió darse una ducha y percibió, por las voces que escuchó, que su madre había terminado su siesta y comenzaba a reorganizar las tareas de la casa. La frescura del agua de la ducha y la voz de su madre la sacaron de la ensoñación en que estaba sumida.

—¿Te queda mucho? Las demás también tenemos necesidades.

Consuelo salió del baño envuelta en una toalla y se volvió a su dormitorio. Se colocó un vestido fresco y un poco transparente que no se había probado desde el verano anterior. Le quedaba más holgado y así le sería más liviano. Bajó al establecimiento confitero y empezó a sacar brillo al mostrador metálico con una bayeta amarilla. El contacto con el metal en los brazos desnudos, y la penumbra del establecimiento por efecto del toldo exterior le resultaron refrescantes. Abrió vitrinas y escaparates por la parte anterior disponiéndolo todo para la llegada de llandas y bandejas recién sacadas del horno. Los pasteles de carne y las empanadillas en el escaparate de la derecha. Los bizcochos borrachos, los tocinos de cielo, los pasteles de gloria y toda la variedad confiteril de nata, crema, chocolate..., en el escaparate de la izquierda.

Perico y los dos aprendices no tardaron en llegar con las llandas humeantes y olorosas. Doña Sole apareció por detrás del mostrador y sus ojos seguían, con atención y autoridad los movimientos de los dos zagaes y de su maestro.

—Perico, ¡ojo con los pasteles de gloria! ¡Si se los dejas a Remo los desgracia! ¿Cómo puede ser tan torpe este chico?

—¡No es torpeza, doña Sole, es juventud! La novia lo espera para darle de merendar y tiene prisa —replicaba embromando el oficial confitero.

—¡Con los de gloria y en los escaparates no se anda con pre-

cipitación! Un descuido nos puede acarrear un destrozo. Hay que espabilar y aprender de la maña de los mayores. Cuando se está en el local hay que tener más precaución que en el obrador. Una torpeza te causa un estropicio –peroraba doña Sole con voz autoritaria y autorizada. Mientras tanto, Consuelo preparó la caja registradora y distribuyó el cambio de monedas y billetes en los distintos casilleros. Miró por encima del mostrador el trabajo de sus empleados y no abrió la boca hasta que su madre abandonó el local para entrar en la trastienda.

Era un viernes de principios de julio y la concurrencia de clientes se esperaba abundante hasta las diez de la noche.

La canícula opresiva de los veranos levantinos soporiza a las gentes hasta bien entrada la tarde.

A eso de las seis, la ciudad sale de su letargo sestero y vuelve la bulla a las calles comerciales del centro. Los comercios se animan y las horchaterías hacen su agosto.

Las madres y sus niños buscan los bancos mejor situados bajo la fronda de los viejos árboles de la Glorieta Municipal. La chiquillería disfruta al aire libre con sus juegos y las mujeres platican con la verbosidad y la gesticulación mediterráneas que las caracterizan. Los niños comparten sus meriendas con las palomas que les rodean, aleteando y picando las migas de pan que les arrojan los pequeños.

El sol se va alejando por el noroeste y los dependientes de tiendas y comercios recogen los toldos que los han protegido de los rayos inclementes. El vecindario se resiste a volver a sus casas y apura la brisa nocturna que les alivia del tórrido sol del día.

Consuelo y doña Sole se encuentran agotadas, pero, satisfechas; el último pastel ha desaparecido de las vitrinas y escaparates. Rómulo, el aprendiz de más edad, está colocando los candados y apagando las luces del establecimiento. El muchacho da las buenas noches a sus jefas. Sale a la calle por la puerta de servicio del obrador devorando un pastel de carne con un apetito adolescente.

La veterana confitera y su hija suben a la primera planta de su vivienda extenuadas y silenciosas. Doña Sole se refugia en su cocina para prepararse el chocolate reparador que la entone para el

día siguiente. Consuelo mordisquea una empanadilla, con desgana, y se encierra en su dormitorio. Enciende su tocadiscos y la voz melodiosa de su cantante favorito la va alejando de su discurrir rutinario y triste. La pena de Rigoletto por la suerte de su hija le aviva el recuerdo de su padre, sus ojos enfermos se humedecen.

VII

El convoy militar en el que viajaban Luis Manzanares y sus compañeros de promoción no llegó a su destino en el Frente del Ebro. La aviación nacional arrasó con sus bombas y metralla el nudo ferroviario más importante del sureste, en las horas cruciales del anochecer del 26 de diciembre de 1937. Varios convoyes que se disponían a partir para las diversas líneas sufrieron miles de bajas y apenas hubo sobrevivientes.

El marido de Soledad no tuvo mejor suerte. Fue una masacre de carne quemada, sangre, hierros retorcidos y edificaciones convertidas en escombros. La muerte, el fuego y la destrucción más absolutos se enseñorearon, en pocas horas, del importante nudo ferroviario manchego.

Fue un ataque aéreo imprevisto y muy bien planificado por el bando franquista. Estaba anocheciendo y las tropas republicanas se disponían a embarcar en varios trenes.

La información y la coordinación funcionaban en las filas de los Nacionales a la perfección y la República perdía territorios y vidas de forma trágica y alarmante. La 5ª Columna facciosa demostraba una vez más su eficacia.

Las autoridades republicanas no propagaron la desastrosa noticia en los partes radiofónicos. Sin embargo, el 28 de diciembre de 1937, el “día de los Inocentes”, la tragedia de los combatientes republicanos se extendió como un reguero de pólvora por la pequeña ciudad, sede de la Academia de Oficiales de Carabineros.

El padre de Soledad se encontraba en la barra del café, un músico de la Academia escupió la brutal noticia a los parroquianos que se encontraban en el establecimiento en ese momento. Tuvieron que sostenerlo y sentarlo en una silla. La segunda copa de coñac ter-

minó por desarmarlo y rompió a llorar como un niño.

El músico se disculpaba con los ojos espantados al contemplar al pobre confitero destrozado por el dolor. El dueño del café, vecino y amigo del padre de Soledad, trataba de consolarlo en vano.

—¡Arturo, tienes que controlarte! Piensa en tu hija y en tu mujer. Hay que prepararlas para el bombazo que les espera. Acuérdate de que Soledad está preñada y una impresión tan fuerte es peligrosa para la criatura que lleva dentro. El dueño del café le cubría los hombros con un brazo y con la otra mano recogía la punta del mandil blanco para secarse los ojos.

—¡No puedo evitarlo, no puedo! ¡Lo quería como si fuera de mi propia sangre! ¡Era bueno y noble y tan joven y tan desgraciado! ¡Qué mala suerte la suya y la de mi desgraciada hija. Maldita guerra y malditos fascistas de mierda. Luis era incapaz de hacer daño a una mosca. Acababa de cumplir los veintidós. Era una criatura con toda una vida feliz por delante!

De este modo, continuó durante un rato, sobrecogiendo el corazón de los parroquianos del café. El dueño mandó avisar, con un chaval, al médico de cabecera de la familia del confitero. Temía que el impacto brutal de la trágica noticia afectara seriamente el estado delicado de Soledad. Transcurridos unos diez minutos, don Fernando apareció en el local con su maletín de cuero negro raído. Se sentó al lado del repostero y le retiró la copa que pretendía llevarse a los labios con manos temblorosas.

—¡Ya estás bastante borracho, Arturo! Dame una mano para que te controle el pulso. Si sigues bebiendo te puede dar un colapso. ¡Llora todo lo que puedas y desahógate hasta quedarte seco! Tómame este tranquilizante con un poco de agua. ¡Ya nada se puede hacer! Lo importante es, ahora, Soledad y lo que lleva en su seno. Cruzaremos la calle, yo te acompañaré, pero debes estar calmado. Antes de nada, yo le administraré a tu hija un calmante para evitar consecuencias. Nos presentaremos como si mi visita fuera rutinaria y el motivo de la misma el estado de Soledad. Esta cochina guerra ya se encarga de matar a nuestros hijos en los frentes. Hay que velar por la salud de tu hija y de tu futuro nieto —miraba su reloj que sacó de un bolsillo de su chaleco mientras controlaba las pulsaciones del

confitero.

—Cuando lleguemos a tu casa, tú no abras la boca. Yo lo haré todo. Tu hija debe pensar que la pastilla es una vitamina para su preñez —añadió el médico con tono y ademán franciscanos que denotaban el aprecio que sentía por la familia del confitero y la pena que lo embargaba.

Pasados unos minutos, se levantaron y salieron del café. Don Fernando sostuvo al granadino por un brazo para evitar que se desplomara. El alcohol y la pastilla que le había hecho tragar lo convirtieron en un fardo que se caía al suelo a cada paso. Cruzaron la calle con mucho esfuerzo y se adentraron en “Las Delicias” por la puerta del obrador.

La mujer del confitero se quedó boquiabierta al ver a su marido en aquel estado. Desde que lo conoció la primera vez, nunca había bebido antes del almuerzo. Don Fernando balbuceó unas palabras ininteligibles y dio a entender que lo habían obligado a tomar unas copas contra su voluntad. Lo mejor que podía hacer era acostarlo para ver si se le pasaba la mona. Se lo había encontrado en el café cuando se disponía a visitar a Soledad.

La pobre confitera pidió ayuda al oficial, y, entre los dos, lograron acostarlo en la cama del matrimonio. Don Fernando los seguía, pacientemente, temiendo que, de un momento a otro, se les deslizara por las escaleras. Soledad acababa de levantarse y salió de su cuarto alarmada por el estrépito que se lió.

—¡Mira qué casualidad, vengo a ver cómo te encuentras y me encuentro a tu padre en el café de enfrente con una borrachera de impresión!

—¡Mi padre no ha bebido más que café antes del mediodía! ¡Es muy extraño! Apesta a coñac y él no bebe más que vino en las comidas y Jerez dulce con los pasteles. Además, usted lo sabe perfectamente porque no es la primera vez que come en esta casa. ¿Qué le ha podido pasar? ¿A ver si a la vejez se nos va a hacer borrachín?

—Tú no te preocupes. Vamos al comedor para que pueda reconocerte. Coge un vaso de agua de la cocina, tienes que tomarte un reconstituyente para el embarazo —la iba persuadiendo el médico con toda naturalidad, sin perder la calma y sin darle importancia,

como si fuera una visita rutinaria

Don Fernando hizo de tripas corazón y auscultó a Soledad con una parsimonia mayor de la acostumbrada. La placa metálica del fonendoscopio la sintió helada Soledad sobre su piel y se sintió tiritar durante unos segundos. Miraba las manos del hombre que había ayudado a su madre a traerla al mundo y le parecieron viejas, manchadas y tembleconas.

Recordaba otras manos varoniles sobre su pecho y su espalda y su cara... Eran fuertes, delicadas, enérgicas. Los jóvenes como Luis no tenían pecas en las manos. Los ojos verdes e inmensos de Soledad escrutaban el rostro de don Fernando y le resultó más arrugado y viejo que nunca. No había reparado, antes de ahora, que un médico también envejece y enferma. Su padre, sin ir más lejos, se había avejentado muchísimo desde el comienzo de la guerra.

Don Fernando terminó su exploración y le dijo que podía vestirse. Recogió sus útiles y los guardó lentamente en el despellejado maletín. Sacó su pluma estilográfica y se puso a redactar una receta sobre la mesa del comedor. Parecía demorarse y no tener prisa, otras veces, era un manojo de nervios. Don Fernando esperaba el efecto relajante de la pastilla que había hecho ingerir a Soledad. Se enfrentaba a este trance amargo por amistad con el padre de Soledad y afecto hacia la muchacha que había recibido de él su primer azote. Hubiera preferido asistir a un pobre desgraciado con el cuerpo destrozado al caerse de un andamio. O a una tuberculosa que yace en su mísero lecho con los ojos desorbitados. En muchas ocasiones, el médico no elige a sus pacientes. Le temblaba la mano y la caligrafía de la receta resultaba de una ilegibilidad absoluta. Conforme pasaban los minutos controlaba menos la situación.

Los ojos de Soledad le penetraban con su brillante verdor. No podía defraudarla, tenía que afrontar la realidad por trágica que resultara.

—Soledad antes de que te enteres en la calle por una persona desconocida, debo decirte lo que tu padre no está en condiciones de decir...

—No siga. Cuando nos despedimos, tuve el presentimiento de

que sería por última vez. Si hubiera podido le hubiera arrancado el maldito uniforme y me hubiera escondido con él donde nadie nos encontrara. Cuantos menos detalles sepa de su muerte mejor. No se esfuerce y sosiéguese. No se preocupe por mí ni por mi hijo. Es lo que queda de Luis en mí y lo protegeré como no pude hacer con él. ¡Márchese y déjeme sola!

Don Fernando no tuvo fuerzas para reaccionar. Los ojos de Soledad desprendían fulgores abrasadores. El médico estaba aterrado por la reacción inesperada de la joven. No soltó ni una lágrima ni se tiró por los suelos. ¿Cómo era posible con sólo dieciocho años? ¿Qué fuerza interior la sostenía y la dotaba de ese control inhumano? Sus ojos, los ojos verdes de Soledad expresaban toda la pena y el odio del mundo. Recogió su maletín y abandonó el comedor sin articular palabra. Entró en el dormitorio del matrimonio donde la madre de Soledad lloraba con desesperación.

Como cada tarde, a eso de las tres, una joven y hermosa mujer, enlutada de pies a cabeza, atravesaba la puerta de la Panadería y penetraba en el patio de la gruta, también conocido como el Patio de Lourdes de la Academia de Carabineros. El centinela de puerta le rendía el saludo de rigor y la muchacha continuaba su camino hasta sentarse sobre una de las rocas desprendidas de la montaña. No cubría sus cabellos ni sombrero ni pañuelo alguno y su cabeza brillaba con los rayos del sol. Permanecía sentada una media hora y abandonaba el vetusto recinto monacal con el mismo desdén de su llegada.

Los meses iniciales del año 1938 fueron el prólogo de la definitiva derrota del bando republicano. La caída de Teruel bajo el asedio de las tropas franquistas convenció a los más recalcitrantes republicanos de que la guerra estaba perdida.

Don Fernando pensaba, como el doctor Negrín, que había que aguantar para que los europeos sintieran el zarpazo del fascismo italiano y alemán. Había que resistir porque era inminente el estallido de una conflagración en toda Europa. El repliegue de la República en todos los frentes y la llegada de los nacionales hasta el Mediterráneo fue el mazazo definitivo que hundió el poco entusiasmo que le quedaba.

La última exploración que efectuó a Soledad le dejó muy preocupado. Fue muy crudo y le diagnosticó un aborto inmediato si no guardaba absoluto reposo. La muchacha lo miró con ojos de odio y con una cierta expresión alucinada que daba miedo. El médico temía por la vida del feto, pero, con más preocupación, temía por la vida de la madre y las secuelas físicas y psíquicas que pudieran derivarse.

Soledad lo rehuía y lo consideraba ñoño y caduco. La joven confitera sólo seguía las prescripciones del médico de la Academia que estaba más facultado para la cirugía que para traer criaturas al mundo. Recordaba la recomendación de Luis y la seguía a ciegas. Por otro lado, irracionalmente, asociaba a don Fernando con el heraldo anunciador de la muerte.

Las imprudencias las pagó caras Soledad. El aborto le sobrevino una tarde de finales de febrero mientras subía las escaleras de su casa. Avisaron al cirujano militar, que en esos momentos se encontraba atendiendo a unos heridos. Arturo, el padre de Soledad, llamó a su amigo que pudo salvar la vida de la joven gracias a su experiencia y a la fortaleza física de la hija del confitero. Se le había presentado un aborto complicado con una gran hemorragia interna. Don Fernando improvisó un quirófano en el dormitorio de Soledad y ayudado por la comadrona más experimentada de la localidad lograron salvar a la muchacha. Perdido el niño y contenida la hemorragia, don Fernando estaba obsesionado con el estado anímico de la joven confitera. Se le quedó una expresión que hizo sospechar a algunos que había perdido la razón. Tardó en recuperarse dos meses, ya no fue la misma. Sus ojos mantenían la belleza que siempre habían poseído, mas una luz diabólica brillaba en la pupila. Un rictus de resentimiento le marcaba los labios cuando esbozaba una sonrisa. El padre de Soledad se encontraba destrozado y su mujer lloraba por los rincones por el mínimo motivo.

Don Fernando observaba y sufría por todos y por todo. Temía que el corazón de su amigo le jugara una mala pasada. Los sucesos últimos estaban resultando muy fuertes para el debilitado corazón del confitero.

El destino de algunos hombres parece inseparablemente

unido al de la tierra que los ha visto nacer. Están marcados por un sino telúrico que los acompaña de la cuna a la sepultura. Luis fue el paradigma de aquella juventud brillante y prometedora que hubiera desempeñado un papel importante en la emergente sociedad que surgió con la II República. La muerte los segó cuando empezaban a tener protagonismo. La generación de los padres quedó tan maltratada que ya no levantó cabeza hasta su desaparición violenta o natural. Fue el caso de Arturo, el padre de Soledad. Su corazón cansado y enfermo se le hubiera parado en cualquier momento y así hubiera dejado de sufrir. Sin embargo, estaba escrito que su muerte se precipitara y resultara más trágica todavía.

Diluviaba a primera hora de la mañana de comienzos de abril. La cortina de lluvia copiosa y la prisa por cruzar la calle desde la acera de enfrente le impidieron ver el carro tirado por tres mulas, que hostigadas por el látigo del carretero avanzaban trotando por la calzada. La primera bestia del tiro eludió el cuerpo del confitero, la segunda lo derribó al suelo y el pobre hombre quedó atrapado entre las patas de las mulas y las ruedas del carro. El carretero no se percató de nada cubierto con un saco para protegerse de la lluvia. El carro iba vacío pero las ruedas macizas de madera protegidas por un aro de acero aplastaron el cráneo del confitero. Todo resultó rápido y confuso y el cuerpo del padre de Soledad quedó tendido sobre los adoquines y empapado de agua.

Don Fernando no pudo hacer nada por su amigo. Le cubrió la cabeza destrozada y el resto del cuerpo con una manta y aguardó tiritando la llegada del juez.

El luto entró en el hogar del confitero de “Las Delicias” en 1938. Tres generaciones desaparecieron de un zarpazo, el abuelo, el padre y el nieto. Soledad y su madre temblaban cada una en un rincón del comedor resignándose a su desgracia y a su dolor.

Don Fernando aguardó con siete u ocho amigos del finado, a que el sepulturero colocara el último ladrillo en el nicho en que su amigo había sido depositado. Dio una propina al cuidador del cementerio y, antes de iniciar el camino de regreso hacia la salida del campo santo, recibió el pésame de un hombre nervioso y atolondrado vestido con el uniforme de la Banda de Música de la Academia

de Carabineros.

–Le acompañó en su sentimiento. Yo llevé la noticia de la muerte del yerno al café.

–Gracias –fue lo único que le salió del cuerpo al médico de la familia.

VIII

Antes de la medianoche del 30 de marzo de 1939, se extendió por la pequeña ciudad la noticia de que la capital de la provincia, Alicante, había sido tomada por los italianos de la División Vittorio. Desde hacía dos días, la bandera roja y gualda ondeaba en la Casa Consistorial y en el edificio renacentista que había servido de sede a la republicana Academia de Carabineros. Toda la legalidad vigente había cambiado de manos. Las boinas rojas, los gorros cuarteros y algún turbante moro desfilaban por las calles con altivez y desafío.

Soledad y su madre habían corrido las cortinas y echado el cierre del establecimiento confitero por precaución. Se encontraban amedrentadas y temían que algún exaltado de la nueva situación les destrozara los escaparates.

El último día de marzo, a eso de las siete de la mañana, un grupo de los militares vencedores, al mando de un teniente y acompañados por dos falangistas de la localidad golpeaban con apremiante ímpetu en una de las hojas acristaladas de la puerta principal de la pastelería. Salieron madre e hija a abrir, y las conminaron de forma grosera y autoritaria, para que mantuvieran abierto el negocio durante el horario acostumbrado. Pegaron en una de las cristalerías un bando militar que prohibía el cierre de cualquier establecimiento, bajo la amenaza de confiscación del mismo y la detención del dueño o de la dueña por la autoridad militar competente.

—¡Viva Franco! ¡Arriba España! —saludaron brazo en alto como despedida.

La madre se apoyaba en la hija, ésta sentía los temblores de su mano en su brazo apretado con fuerza. Por fortuna, no se produjo ninguna otra humillación ostensible y se marcharon prestos para

continuar con la visita a todos los comercios de la población.

La madre de Soledad rompió a llorar en cuanto salieron los franquistas. La tensión contenida y el miedo le produjeron un llanto convulso que le dejó un hipo espaciado y ruidoso.

Soledad llevaba sumida en una burbuja de dolor y desesperación desde la muerte de Luis. El aborto y la consecuente pérdida de su hijo habían dejado en su corazón un rescoldo de odio inextinguible. La muerte inesperada de su padre se había producido en un trance de su vida en que su alma se sentía ahíta de sufrimiento y no quería o no podía con más carga. En un año no había madurado, había envejecido. Sus sentidos se habían embotado y una indolencia enfermiza la acompañaba de día y de noche.

El negocio estaba en una situación ruinoso por la falta de existencias, de materias primas; no había azúcar, ni harina, ni aceite, ni leche...

La escasez de la guerra, la penuria de los abastecimientos y el abandono de su padre y su muerte posterior habían dado la puntilla a aquella confitería que fuera la más próspera del pueblo en los inicios de la República.

Al ver a su madre bañada en lágrimas y escondida en un rincón de su dormitorio, Soledad se sublevó y salió de su aletargado regodeo de llanto y desesperación. Ya no le quedaban más lágrimas que verter y, además, para qué servía; los muertos no pueden ayudar a los vivos.

La nueva situación había que superarla con energía y con cinismo. “Éstos no me hundan más de lo que estoy y se quedan con el negocio que, tan duramente, le costó levantar a mi padre”, pensó en un momento con los ojos hechos ascuas. Haría de tripas corazón y se humillaría ante quien hiciera falta para rehacer la pastelería. Un cura, eso era lo que le hacía falta; y la vuelta a la iglesia como si estuviera arrepentida de algo. Su mente se atropellaba y sus mejillas se encendían. “Es el mejor aval que puedo tener en estos momentos: don Antonio, el cura de la Merced. Mis padres lo ayudaron en su escondrijo y no se murió de hambre gracias a nosotros. Por nuestra amistad, no fue delatado”. Tenía que hacerse de dos cartillas de racionamiento de las nuevas, una para el abastecimiento del obrador

y otra para su madre y para ella. A sus diecinueve años, había demostrado la fortaleza de su carácter para amar; ahora, tenía que resistir, sobrevivir, medrar. A otros tiempos, otros amores; la pasión que sintió por Luis fue tan fugaz que no le dio ocasión de saborearla. Todo fue tan trepidante, tan intenso, que no volvería a repetirse. Fue un cuento de hadas al término de su adolescencia sensual, en unos años aciagos para los amoríos. Los pensamientos le fluían de forma incontinente. De pronto, una idea fija y obsesiva la invadió. No volvería a enamorarse, no sufriría por ningún hombre lo que había sufrido por Luis.

Se dirigió a la habitación de su madre y le espetó:

—¡Saca un par de velos! ¡Mañana a las ocho estamos en misa en la Merced! Don Antonio se alegrará de ver a sus salvadoras.

La madre de Soledad no rechistó. Sus ojos espantados se quedaron secos.

A la mañana siguiente, antes del último toque, madre e hija atravesaron el atrio de la modesta iglesia de la Merced. Todo en el templo recordaba la sobriedad y la pobreza de la Orden Mercedaria a la que había pertenecido. En los tres años de guerra, había sido utilizado como almacén de abastos y las pocas imágenes de escayola estaban descabezadas. Al fondo del ábside, se distinguía una desnuda cruz de madera recientemente repuesta detrás del sagrario. Unas grandes manchas oscuras cubrían el desgastado pavimento de ladrillos compactos y viejos. La ausencia de bancos en la mísera capilla del desaparecido convento de los frailes mendicantes causaba la sensación de una devastación reciente e intencionada. Los fieles, muchas más mujeres que hombres, acudían con sus sillas desde las casas para seguir el oficio religioso.

Soledad y su madre se encontraban sorprendidas y extrañadas. Muchas miradas de desaprobación y rechazo se posaron en la madre y la hija. Se sentían observadas por los ojos escrutadores de algunas mujeres y de algunos hombres vestidos con la camisa falangista. La viuda y la hija del confitero buscaron un altarcillo lateral a la entrada para seguir con discreción la misa. Querían un refugio que las protegiera de tantas miradas inquisitoriales.

Un sacerdote joven, cargado de espaldas, apareció en el altar

mayor, el único existente. Iba precedido de un monaguillo talludo. Iniciado apenas el “Introito”, apareció al fondo de la iglesia un oficial italiano de impecable uniforme y polainas relucientes. Su abundante cabello castaño lo peinaba hacia atrás y portaba en su mano derecha el gorro reglamentario, en la izquierda, una especie de silleta de campaña plegable. Al entrar, reparó en las dos mujeres refugiadas bajo el arco desconchado y lleno de humedades de la diminuta capilla lateral, y fue a ocupar un sitio no lejos de ellas. Acabada la introducción del cura, que no era otro que don Antonio, el militar italiano ofreció, gentilmente, su liviano asiento a la madre de Soledad. La señora lo aceptó y se lo agradeció de todo corazón. Soledad y el italiano se miraron y se intercambiaron leves inclinaciones de cabeza como saludo recogido por el lugar en que se encontraban.

Antes de que finalizara la celebración religiosa, Soledad devolvió la silleta y agradeció al oficial italiano su gesto. La joven reparó en la negra camisa que se destacaba debajo de la guerrera y en las tres estrellas que brillaban en la bocamanga de la misma. Debía de tener unos cuarenta años, el color de su cabello y el azul de sus ojos le hacían parecer mucho más joven.

—De nada señorita, ha sido un placer —respondió en perfecto español y juntó los talones de sus llamativas botas altas.

Madre e hija aguardaron que el sacerdote se retirara a la sacristía, situada a la derecha del altar. El espigado monaguillo estaba ayudando al oficiante a sacarse la casulla por encima de su cabeza, cuando aparecieron las dos mujeres.

—Buenos días, Antonio —el cura se volvió al escuchar la voz de la confitera.

—¡Soledad, qué alegría veros por aquí!

—¡Nosotras también nos alegramos de verte vivo, aunque bastante flaco!

—En los tres años que he estado escondido, no se comía arroz y pollo todos los días... Lo que no me faltó ninguna semana fue vuestro paquete.

Don Antonio abrazó cariñosamente a las dos mujeres y les dijo con voz emocionada:

—Ya me informó mi madre de la muerte de Arturo y de la de tu marido en el frente. Ya sabéis el aprecio que le tenía, a pesar de nuestras diferencias. Os acompaño en vuestro dolor, ya lo sabéis. Si puedo servirlos de alguna ayuda, mi modesta persona está a vuestra disposición. Gracias a vuestra amistad, me dijo mi madre, no fueron a por mí para darme el “paseo”. Tu matrimonio con ese pobre oficial de carabineros, qué Dios tenga en su Gloria, me salvó la vida. Otros colegas míos tuvieron peor suerte. Sería un mal nacido si alguna vez lo olvidara. Se han cometido muchos desmanes en estos últimos años. La caridad cristiana nos tiene que ayudar a cicatrizar las heridas. Dirigiéndose al muchacho que le había ayudado en la misa, le gritó:

—¡Pepito! ¡Ya puedes marcharte! Yo cerraré las puertas. Ya terminaré yo de recoger. Y continuó desprendiéndose de las ropas con las que había oficiado y guardándolas en los cajones de la sacristía.

En la retaguardia, en los pueblos y ciudades que no sufrieron los bombardeos, las penurias de la posguerra fueron peores que las de los años bélicos. De 1936 a 1939, dentro de la escasez y de la desorganización de la zona republicana, hubo un mínimo abastecimiento de lo más imprescindible.

Después de la Victoria del 1 de abril de 1939, la carencia de los artículos de primera necesidad fue absoluta. No había trigo ni aceite ni azúcar ni nada.

Los jefes del nuevo régimen atribuían las carencias y el desabastecimiento a los sabotajes y destrucción del ejército vencido en su repliegue y huida hacia los Pirineos.

Por otra parte, la comarca agrícola, que riega el Segura a su paso por la pequeña ciudad, gozaba del privilegio de sus cítricos, frutales y hortalizas.

Bastantes refugiados procedentes de Madrid y de la zona central de España encontraron cobijo y naranjas para comer en este rincón casi a orillas del Mediterráneo.

Soledad y su madre, gracias a las dos cartillas de racionamiento que consiguieron por intercesión de don Antonio, hicieron gala de una imaginación y oficio prodigiosos. Ayudadas por

Remigio, excelente oficial de confitería, que se había librado de la guerra por miopía, se especializaron en unos bollos de maíz que rellenaban con sabores de los frutos de la tierra según se sucedían las estaciones. Naranjas, peras, albaricoques, melocotones, ciruelas, dulce de membrillo, cabello de ángel, dulce de tomate; en fin, todo aquello que después de una paciente maceración dejaba sabores dulces. La miga seca se hacía más tragable y los estómagos vacíos se contentaban sin muchas exigencias.

La obsesión de Soledad eran los billetes de Franco. Sin ellos, era imposible acceder al estraperlo que empezaba a organizarse. Sin conocimiento de su madre, vendió a un usurero prestamista una pulsera de oro muy antigua de orfebre granadino. El negocio necesitaba liquidez y ella no estaba dispuesta a dejarse amilanar y hundirse en la miseria.

El italiano de la camisa negra se dejaba ver todas las tardes por el local de “Las Delicias”. Antonio Fantucci alardeaba de haber acompañado a Mussolini en su famosa marcha sobre Roma en 1922. Gozaba de gran predicamento entre militares y falangistas. Se encontraba destinado en el Seminario Diocesano de la ciudad, a la sazón, convertido en prisión militar de los que habían perdido la guerra. Era un tipo simpático y caballeroso que sentía debilidad por todo lo genuinamente español. Le gustaban los toros, el Jerez y el flamenco. Había dejado en Florencia una cátedra de Literatura Española para luchar en España contra los bravos españoles, como decía; como lo hizo su ilustre predecesor Publio Cornelio Escipión Emiliano, el “Numantino”. Amaba la poesía de Lorca y de un tal Miguel Hernández, que según el italiano ilustrado se encontraba preso en el seminario de San Miguel.

A Soledad le parecía un fantoche guapo y gentil que tenía mucha influencia entre los gerifaltes del nuevo régimen. La madre de Soledad, que no entendía el tejemaneje de su hija, le repetía constantemente:

—¿Cómo puedes dejarte ver con uno que es más fascista que Mussolini?

—¡Por eso, para que vean que tengo bien guardadas las espaldas!

— ¿No te importa el qué dirán en el pueblo!

— ¡Me importan un comino las habladurías de los meapilas y soplones! ¡De ésta salimos como me llamo Soledad!

El camarada Fantucci, —así lo designaban sus conmlitones—, se había prendado de la rubia pastelera y la creía presa fácil de su almibarado castellano. La juventud, la belleza y la situación de la lugareña, de la que se encontraba al corriente, lo tenían encelado.

Se le presentaban oportunidades amorosas entre las señoritas del nuevo régimen que veían en el maduro capitán un refinamiento y una sofisticación de los que carecían los jóvenes de camisa azul de la emergente sociedad.

El florentino apabullaba por su erudición y atraía, en torno a sí, a hombres y mujeres.

Una tarde del mes de junio, mientras tomaban refrescos de té y de limón en los jardines del palacio episcopal, se atrevió a hablarle en latín al Señor Obispo y a su Vicario-General, éste último afamado virgiliano de la localidad.

Acostumbrado a las mujeres liberadas de los ambientes políticos y artísticos en que se desenvolvía en Italia, la mojigatería de la joven viuda, a veces, le llegaba a irritar. Después de cada despedida nocturna, y, ante la contemplación de los bellos ojos de la pastelera a la luz de la luna, el “camisa negra” de la ciudad de los Médicis, se encandilaba y la dificultad de la pieza a abatir estimulaba su apetito de Casanova.

Contradictoriamente, creía llegado el momento de su retiro pasional y aventurero y, como los veteranos legionarios de la época imperial, creía merecerse un descanso en tierras de Hispania: envejecer al lado de una mujer de bandera, como decían los españoles, con unos ojos verdes tan deslumbrantes y seductores.

Soledad se había juramentado a sí misma odio eterno a los romanos, es decir, a los donjuanes; le daba carrete y recogía el sedal como si fuera una avezada pescadora. Su lema no había variado nada desde su decisión de volver a la iglesia: “Usar a los hombres y no caer en sus redes”. Su esfuerzo le costaba. Aparentar ser la más timorata de las mujeres con aquella naturaleza impetuosa que poseía. El atractivo italiano resultaba empalagoso con tanta palabrería

culturalista que apenas entendía. Hubo un solo hombre en su vida y así sería hasta su muerte. Era su homenaje silencioso y sufrido a su “gitano” que le había arrebatado su corazón.

La noche del 15 de agosto de 1939, Soledad y el italiano contemplaban los fuegos artificiales con motivo de la finalización de las fiestas de la Feria del pueblo. Soledad llevaba puesto un vestido claro de hilo que le había devuelto parte de su frescura y lozanía.

–No debería haberse quitado el luto.

– ¿Por qué?

–Porque estaba más guapa e interesante toda vestida de negro. Parecía una “madonna” tenebrista iluminada por la luz de sus ojos y sus cabellos.

– ¡Qué cosas tan bonitas dice usted! Algunas no las entiendo. ¿Acaso estoy fea así?

– ¡Usted no estará fea nunca, aunque se vista de harapos! –le respondió el italiano, al mismo tiempo, le cogió una mano y se la besó.

Soledad dejó que el florentino le sobara su mano izquierda, y, cuando intentó pasarle el brazo por los hombros a través del banco en que se encontraban sentados, se lo apartó con una sonrisa nerviosa.

Hacía calor y unas gotas de sudor aparecieron en la frente del oficial. Se soltó el botón del cuello de la camisa y se aflojó la corbata. No se le había resistido ninguna hembra hasta la fecha, ni joven ni madura. Esta ejemplar de raza visigótica, cuyos senos tensaban la tela del vestido tentadoramente, empezaba a hacerle dudar de su capacidad de seducción. Él no era un sátiro burlado por la ninfa de turno. Él era un seductor florentino. Estos brutos, que no sabían más lengua que la de Sancho, no le llegaban al talón.

No quería perder las formas. No había violentado a ninguna mujer en su vida. Sólo sabía aprovechar las circunstancias. La “bella de la mamma”, como le gustaba llamarla, empezaba a ser una obsesión para él. Los jóvenes cachorros de azul estaban deslumbrados por un halcón de plumaje negro, de pura raza mussoliniana. Por otra parte, por qué no reconocerlo, se había enamorado como un joven-

zuelo, por primera vez en su vida. Cambiaría de táctica, Numancia no cayó a la primera.

El trueno gordo que anunciaba el final de los fuegos de artificio lo sacó de sus cavilaciones. Se levantaron del banco y Soledad retiró su mano, sin que pudiera evitar un beso en su palma sudorosa.

La verbena popular se inició con el canto del “Cara al Sol”. El calor se hacía más húmedo y molesto conforme avanzaba la noche. Después de los preceptivos saludos a la romana, y de los vivos y los arribas con que comenzaba cada espectáculo, las parejas salieron a la pista para enfrentarse con un pasodoble pachanguero.

Soledad y su acompañante se despidieron en la puerta acristalada de la confitería. Desde alguna terraza del vecindario, un acordeón solitario se quejaba con los sones de “La leyenda del beso”.

IX

La primavera de 1978 resultó gozosa para Consuelo. Acompañada de Perico y con la autorización de doña Sole visitó, por primera vez en su vida, la capital de España. Lograron convencer a la tenaz confitera para que les permitiera realizar una excursión que salía desde la misma ciudad. El motivo principal era la actuación de Alfredo Kraus en el Teatro de la Zarzuela de Madrid, en la representación de "Doña Francisquita". El nerviosismo de los días previos al viaje fue indescriptible. Consuelo no pegaba ojo por las noches y su cuerpo botaba en la cama. Perico no le andaba a la zaga, el cariño por Consuelo superaba su amor a la zarzuela. Ver a su Penélope alegre e ilusionada, como no la había visto nunca, fue lo más gratificante para Perico, que iba sintiendo las mordeduras del deterioro físico. Sentía la necesidad de ver felices a los seres queridos de su entorno.

El tenor canario no defraudó un ápice. Cantó con la perfección que acostumbraba y Consuelo y Perico lloraron de emoción.

La hija de la confitera vivió los dos días más felices de su vida. La gran ciudad la deslumbró y el teatro lírico de la capital la marcó para siempre. Perico estaba exultante de ver tan feliz a Consuelo. La pareja, padre e hija, pues en todas partes los tomaron por tales, se lo pasó fenomenal.

Consuelo se hubiera embarcado en un viaje permanente que la alejara de la confitería y de su madre. El regreso y la reanudación de la cotidianeidad resultaron penosos y deprimentes. Durante su estancia en la capital, se le pasó por la cabeza no volver con su madre a la confitería y quedarse en Madrid. El miedo a herir afectivamente a Perico y que doña Sole le responsabilizara de todo, la reprimió.

La experiencia madrileña le dejó una huella imborrable. En las fugaces cuarenta y ocho horas que duró el viaje, Consuelo se sintió libre y realizada como en su etapa del colegio. Se compadeció de sí misma por no haberse atrevido a rebelarse contra la decisión de su madre al sacarla de los estudios. A pesar de su enfermedad, se sentía con fuerzas para pedir trabajo en los innumerables establecimientos abarrotados de una clientela bulliciosa y trepidante. Casi había terminado el bachillerato, sabía un poco de contabilidad y de cálculo comercial y la registradora se le daba bien. La repostería no tenía secretos para ella que había nacido nieta de confiteros de solera.

La mente le bullía y las voces del teatro resonaban en sus oídos manteniéndola en un estado de febril excitación. Metió la cabeza debajo de la almohada para librarse de la mirada escrutadora de su madre. Temía la mirada de su madre penetrante y adivinadora sobre su rostro. Esos ojos verdes acuosos la taladraban y eran capaces de profundizar en sus secretos más recónditos. Era eso, lo oscuro, la voz de su conciencia; el remordimiento, el sentimiento de culpabilidad, ¿de qué se sentía culpable? ¿A quién había hecho daño...?

Doña Sole había cambiado sus costumbres durante las horas de asueto. La televisión había suplantado a la radio; la dueña de “Las Delicias” seguía los debates parlamentarios con la misma fruición que, en otro tiempo, hiciera con los seriales radiofónicos. Odiaba al Jefe del Estado del antiguo régimen por razones obvias, sin embargo, coincidía con el dictador gallego en que la política envenena a los hombres

De la noche a la mañana, en apenas dos años, estaba al tanto de las vicisitudes políticas de los distintos partidos políticos recién legalizados. La verborrea encendida de Santiago Carrillo le quitaba años, el gracejo andaluz y chispeante de Felipe González le recordaba a su padre. Adolfo Suárez le parecía el más equilibrado y guapo, pero no era de pata negra.

En alguna ocasión, Consuelo sorprendió una furtiva lágrima en los bellos ojos de su madre, mientras seguía algún mitin con referencias a la última Guerra Civil. No recordaba el llanto de su madre ni en el velatorio de su padre.

Se sorprendía de la vena política de su madre sexagenaria y de las discusiones del mismo cariz que sostenía, apasionadamente, con Perico y con algunos parroquianos.

Al barítono pastelero le gustaba sacarla de sus casillas y remataba la faena con el canto de la “Internacional” con ribetes de romanza. A doña Sole se le encendían ojos y mejillas y brillaba su hermosura, apagada por el sufrimiento acumulado.

—No sabía que fueras un socialista convencido. Nunca me hablaste de política, sólo de zarzuela.

—El miedo enmudece las piedras. En política, España parece un cementerio.

Consuelo intuía que algo estaba cambiando en las personas, en su pequeña ciudad, en el país; mas no sabía explicárselo con claridad.

Una tarde, después de comer, mientras su madre se balanceaba en la mecedora viendo la televisión, se atrevió a preguntarle:

—¿Crees que vivimos mejor que con Franco? —doña Sole le respondió con la cazurrería que la distinguía:

—Por lo menos, ahora, comen todos. Y podemos elegir entre carne o pescado. Continuó pendiente del telediario vespertino.

Doña Sole solía descabezar el primer sueño nocturno en su mecedora, delante del televisor. Consuelo se encerraba en su dormitorio con sus discos y con sus biografías de cantantes célebres.

Los mosquitos y el bochorno húmedo de la noche sacaron a doña Sole de la placidez en que se encontraba. La pantalla emitía unas imágenes terribles sobre las últimas horas de Benito Mussolini y su amante. Doña Sole se espabiló y siguió con gran interés el documental televisivo.

La cabeza del “Duce” rodando por las escalinatas de las calles y plazas italianas y todo el grotesco final del dictador le recordaron otra cabeza menos notable pero más hermosa: Antonio Fantucci, el bello fascista, ¿qué habrá sido de él? ¿Lo habrían fusilado en su Florencia natal los partisanos o los aliados? Todavía recordaba doña Sole las palabras con las que se le declaró:

—Soledad, estoy perdidamente enamorado de usted. ¿Quiere casarse conmigo?

Doña Sole recordaba la cara de perplejidad del italiano cuando la confitera le respondió, sin pensárselo dos veces:

—Yo no volveré a casarme nunca. El amor murió con la guerra. Usted es un caballero culto y generoso y no puedo engañarle. Hará feliz a la mujer más exigente.

En verdad, el guapo y maduro italiano se portó como no hacían algunos españoles. Podía haberla tomado por la fuerza, exigirle el tributo por tanto favor recibido de él directamente, o por sus importantes contactos. Jamás le echó nada en cara ni intentó el mínimo chantaje sexual a cambio de sus enormes favores. Todo lo contrario. Se enamoró locamente, como lo hace un jovencito inexperto y romántico.

Quería casarse con ella, con tanto partido ventajoso que se le aparecía, a cada momento, en la ciudad. Con ella, que tenía mala fama en el pueblo por haber estado casada, a los dieciocho, con un “rojo”, con un carabinero de la Academia.

Era finales de 1942, el despechado italiano se despidió de ella para regresar a Italia. Le besó cortésmente la mano y ella le estampó un par de besos en las mejillas. Cuando se ponía triste, el italiano era el hombre más guapo e interesante de la tierra. Aquella tarde estaba arrebatador. Si se lo hubiera propuesto, se hubiera fugado con él a Florencia.

El capitán de la camisa negra había perdido el ímpetu y la vitalidad de los primeros años de su estancia en España. No volvió a saber de él. Sus camaradas falangistas, tampoco. Algunos sospechaban que había muerto violentamente a manos de los comunistas en Italia. Todavía conservaba, en el fondo del ropero, un libro de poemas de Miguel Hernández titulado “El hombre acecha”. El italiano se lo había dedicado con estas palabras:

“... Dejarme la esperanza. No olvide a este poeta que se murió solo.”

A. Fantucci

Doña Sole dio un repaso fugaz a aquellos años de la inmediata posguerra y se sobresaltó con algunos recuerdos. ¿Cómo era posible que el odio concentrado le hubiera dado tanta tenacidad en

aquellos años? Dos hombres la habían ayudado sin pedirle nada a cambio, uno era un cura y el otro un fascista. Los cuarenta años transcurridos difuminaban y emborronaban las imágenes de su mente. Una idea sí que se mantenía nítida: sin aquellos dos hombres y sin su voluntad decidida no habría podido sobrevivir.

La epidemia de gripe del invierno de 1943 produjo muchas víctimas mortales. Soledad se quedó huérfana, de la noche a la mañana, a sus veintitrés años. La muerte de su madre era la consecuencia del agotamiento producido por tanto muerto acumulado en tan poco tiempo. Doña Sole rememoraba la agonía de su madre: se sumió en un sueño profundo del que ya no despertó jamás. El único consuelo que le quedó fue comprobar que su madre no pareció sufrir. Parecía descansar después de un esfuerzo sobrehumano. Después, vino todo lo referente a la boda con Remigio, dos años más tarde. El negocio necesitaba la profesionalidad y la fidelidad del oficial de confitería que todo lo había aprendido del viejo pastelero granadino. Remigio se vio recompensado con una mujer y una situación económica que nunca se imaginó. Doña Sole reconoció la entrega y sumisión de su segundo marido con un suspiro entrecortado:

—¡Ay! Mi fiel Remigio...

En 1946, el nacimiento de Arturo le había proporcionado la máxima alegría y satisfacción de su vida. Era un angelote rubio y rollizo que despertaba la admiración de todas las madres. Doña Sole siempre lo vio como una compensación a tanta humillación y tanto sacrificio. Desde su bautizo hasta su graduación como ingeniero de caminos, fue la envidia de todo el vecindario. Su matrimonio con la farmacéutica valenciana era el nublado en el horizonte de doña Sole. La valenciana se lo había secuestrado en la capital de la región. Sólo disfrutaba de su hijo una semana al año.

Consuelo era un caso aparte. Parecía de una raza distinta, era apocada como su padre. Además, padecía de una rareza que no sabía explicarse muy bien doña Sole. Tanta música y tanto canto para qué. La influencia del estrafalario de Perico le ha dado la puntilla. En fin, ya le he dado un buen repaso a mi vida. Me encuentro cansada y vieja; sesenta años y tantas humillaciones dejan una mella imborra-

ble.

Entró en el cuarto de baño y se cepilló los dientes con perborato sódico, como lo había aprendido de Luis durante su luna de miel. Asomó la cabeza por la puerta del dormitorio de Consuelo para advertirle como cada noche:

—No te quedes dormida con la luz encendida. El contador corre que es un primor y los recibos no los paga el vecino. ¡Mañana tendrás ojeras y no habrá quién te tire de la cama!

— ¡Está bien, mamá! Hasta mañana.

La hija de la confitera vivía su mundo nocturno rodeada de arias de ópera, de romanzas de zarzuela y de ensoñaciones oscuras. Los lamentos amorosos de su tenor predilecto los asociaba a las imágenes de las tres amigas que había tenido en su vida. La cara de la hermana Irene le sonreía pura y comprensiva. El pubis oscuro y brillante de Patrito le producía un sonrojo ardiente en su rostro. Los pechos descomunales de Sarita le causaban una turbación profunda. Algunas noches, se excitaba de forma convulsa y tenía que recurrir a la masturbación para recobrar la tranquilidad. Todo empezó desde el primer encuentro con Patrito en los vestuarios del colegio.

La primavera la alteraba profundamente: la fragancia del azahar de los naranjos y limoneros inundaba la pequeña ciudad a través de la cuenca del río. Algunas noches de abril, se encontraba con sus sentidos abotargados; la atmósfera penetrante y dulzona le producía dolor de cabeza.

Las noches estivales se hacían insufribles por culpa de los mosquitos, el calor y el insomnio. Consuelo disfrutaba con la lluvia del otoño y del invierno. Se arropaba en la cama y le encantaba el golpeteo de las gotas sobre los alerones de los tejados y los balcones. En lo más aparatoso de una tormenta, se levantaba de la cama para contemplar los relámpagos y las cortinas de lluvia a través de los cristales del balcón.

La noche era su territorio, su espacio y su tiempo. Era una noctámbula incorregible que quería alargar la noche e impedir la salida del sol. Odiaba la costumbre inveterada de su madre de despertarla cada mañana después de las ocho. Se refocilaba en la cama mientras podía, hasta que la voz autoritaria e histérica de su madre

la obligaba a retirar las sábanas.

Al contemplarse en el espejo del baño al salir de su habitación, se asustaba de su aspecto ojeroso y desencajado. Era un espan-tapájaros, sin sombrero y sin chaqueta. Los cuatro pelos desordenados y en punta, y la escualidez de sus hombros y pecho ahuyentarían a una urraca que se posara sobre la baranda del balcón.

Necesitaba de un gran ejercicio de voluntad para aceptarse a sí misma y comenzar la mañana con el esfuerzo de vestirse. El desayuno y las bromas de Perico le daban fuerzas para continuar con la rutina detrás del mostrador y de la registradora.

Sarita sentía las miradas acariciadoras de los hombres y de los mozalbetes en sus pechos y en su trasero prominentes. Le gustaba ser la atracción de los ojos maliciosos de los varones maduros y de los jóvenes de barba incipiente pero de pupilas encendidas por la lascivia. Algunos la cortejaban y la invitaban al cine y al Paseo de la Estación. Ninguno se le había declarado seriamente ni le había propuesto ser su novio. Doña Cecilia, su madre, se desesperaba por no encontrar partido para su hija. Don Cosme, el padre, suspiraba sin levantar la vista del periódico.

Aquella tarde veraniega, se había puesto un niki desmangado y negro, muy ajustado, que resaltaba todo lo que no era necesario resaltar. Una falda estrecha y roja le ceñía las caderas y amenazaba reventar, de un momento a otro, por la parte posterior. Como era su costumbre, antes de salir de paseo entró en “Las Delicias” para saludar a su amiga Consuelo. Ésta se quedó turulata y comprendió mejor ciertas groserías varoniles.

—¡Vaya tardecica! Con este calor te entran ganas de no salir de la ducha.

—¿Adónde vas con estos ardores?

—A dar una vuelta y, al anochecer, al cine de verano. Sólo al lado del frescor del río se puede vivir en este brasero. ¡Cómo echo de menos el vientecico helado de mi Teruel! ¡Lo que yo daría por encontrarme en la plaza del Torico con una rebeca sobre los hombros! ¡Este pueblo es un horno en verano!

—Allí, no podrías tomar el sol des... en la terraza.

Sarita pensaba preguntarle cómo se había enterado de su cos-

tumbre de las siestas. En ese momento entró en el establecimiento una clienta y tuvieron que interrumpir la conversación.

—¡Hasta luego! Ya nos veremos después del cine.

La exuberante mujer de veintiséis años en que se había convertido Sarita se adentró en la horchatería de la esquina para tomarse un helado. Mientras sorbía con una paja su granizado de limón, le daba vueltas a la frase recatada de Consuelo y al brillo de sus ojos a través de las gafotas: "...tomar el sol desnuda..." ¿Cuándo la había visto? ¿Por qué se lo decía con palabras susurrantes y la miraba con esos ojos encendidos que parecían familiarizados con sus formas?

En verdad, qué rara era esta solterona con pinta de adefesio. Porque a los treinta años y con esa facha una está para vestir santos. Sin embargo, su aspecto desamparado y la dulzura de su mirada y de su trato te impulsan a ser amiga suya y a confiar en ella. En fin, bastante tiene la pobre con soportar al sargento de su madre. ¡Vaya pedazo de mujer que tuvo que ser la confitera cuando tenía veinte abriles! Con lo pegajosos y lanzados que son los hombres en este pueblo, se los tendría que espantar como a las moscas. Se nota que Consuelo nunca ha podido desprenderse de una madre tan guapa. No es como yo, he mejorado a mamá en cara y, sobre todo, en cuerpo. Dio el último sorbo a la pajita, pagó la consumición y, antes de abandonar la horchatería, se contempló en el espejo de detrás del mostrador. Sonrió pensando en la expresión de la cara de Mariano cuando se encontraran a la puerta del bufete donde trabajaba.

Mariano hubiera hecho buenas migas con Consuelo, le gusta la música clásica y está muy puesto en la zarzuela. Se las sabe casi todas de memoria y, a pesar de su delgadez, tiene una voz de bajo que impresiona. Sin embargo, es un picarón de cuidado y le hace unas proposiciones que le cuesta rechazar.

Busca el banco más oscuro del Paseo de la Estación para sentarse y la última fila de los cines. Eso sí, no pierde detalle; al final, si el argumento es enrevesado, te explica la película con su voz de gángster. Porque es un gángster el Mariano de marras, cómo le gustan las mujeres. Dice siempre, a manera de corolario: "Hasta en Norteamérica, tiran más tetas que carretas, y si no, que se lo pregunten a los Kennedy y a la Marilyn Monroe." Está hecho un demonio

este Mariano, no te aburres nunca con él. Sólo que llegas a casa con el vestido prensado .

Todos los jueves por la noche, la compañía de aficionados de la localidad se reunía para el ensayo semanal de la zarzuela de la temporada. Lo hacían en un corral abandonado de unas viejas cabaillerizas junto al río. El edificio destartado y cochambroso resultaba fresco en las noches veraniegas. Las buganvillas, los galanes de noche y las mimosas crecían silvestres por la proximidad del río que rumoreaba monótonamente. El rincón tenía un cierto encanto de cortijo despoblado y en decadencia. Había pertenecido a un conocido tratante de ganado, el tío Antonio; en los años sesenta, se celebraban peleas de gallos en su patio.

En los meses invernales, la representación zarzuelera tenía lugar en el único teatro de la ciudad, durante el mes de febrero. La segunda representación del año se hacía en los jardines de la Glorieta Municipal, durante las fiestas de la Feria del Pueblo, en la primera quincena del mes de agosto.

Consuelo y Perico acudían a la cita semanal provistos de dos empanadas gigantescas de hojaldre, rellenas de atún y huevo duro, que hacían las delicias de los aficionados al género lírico. Otros aportaban el vino, la gaseosa y la cerveza frescos. En los descansos, daban buena cuenta del avituallamiento; los chistes, las bromas y las comidillas del pueblo hacían menos penosas las repeticiones del coro y de los solistas. El maestro, director y pianista, don Ignacio, un terrateniente cincuentón venido a menos, que llegó a debutar en el Liceo barcelonés en sus años juveniles, sometía a su tropa canora a una disciplina de casi profesionales. Su máxima consistía: “A un escenario no se sube para hacer el ridículo, profesional o aficionado”.

Perico había conseguido el puesto de apuntadora para Soledad. Tenía una voz clara y vocalizaba perfectamente.

“Los gavilanes” del maestro Jacinto Guerrero iba saliendo mejor con cada ensayo. A don Ignacio le preocupaba el ensayo general con la orquesta y a la intemperie. Decía que la humedad se come las voces agudas y afila las cuerdas y los metales.

Pasadas la una y media, terminaron el ensayo aquella madru-

gada. Se encontraban muy cansados, sin embargo, Perico estaba exultante. La famosa romanza “Flor roja” le había salido bordada. El barítono aficionado se disponía a acompañar a Consuelo hasta su domicilio, como acostumbraba después de las sesiones musicales. La hija de la confitera escuchó la voz extrañada de Perico que preguntaba:

—¿Qué haces aquí a estas horas?. Tus padres estarán preocupados.

—Como sabía que ensayáis aquí, he venido para hablar con Consuelo. La pastelera reconoció la voz de Sarita, y, sobresaltada, salió a la calle.

—¡Hola, Sarita! ¿Te ocurre algo?

—¡No, nada! Sólo quería hablar contigo.

—Perico, no es necesario que me acompañes esta noche. Ya nos vamos juntas para casa. ¡Buenas noches! ¡Has estado genial! y le estampó un par de besos.

—¡Buenas noches, Sarita! Hasta mañana, Penélope. ¡Al llegar a casa te acuestas y a dormir!

—¡Buenas noches, Perico! No te preocupes que nos vamos directas a casa y está cerca.

Las dos amigas caminaron juntas y en silencio durante un trecho de cincuenta metros. Consuelo rompió el mutismo preguntándole a su amiga:

—¿No te habrás enfadado conmigo por lo que dije esta tarde de la terraza?

—¡No, qué va, para nada! Simplemente, me sorprendió que alguien me viera así.

—Ese alguien, que yo sepa por lo menos, somos dos: Felisa y yo. Subimos a tender la ropa y ella te descubrió. Me llamó para que mirara y no te puedes figurar las barbaridades que se le ocurrieron a ese diablo de chica.

—¿Qué decía, qué decía de mí?

—Pues, que Dios..., que Dios... no te había echado al mundo tal como eres ahora.

—¿Y cómo soy ahora? —inquirió la maña maliciosamente.

Sarita no pudo apreciar por la escasa luz el sonrojo de las

mejillas de la pastelera.

–Pues, así... Tienes unos pechos magníficos y un... cuerpo espléndido –soltó Consuelo de sopetón, como si temiera atragantarse.

Habían llegado a la puerta de “ Las Delicias” y la luz del dormitorio de doña Sole permanecía encendida.

–Tu mamá debe estar preocupada. ¡Dame un beso! Ya sabes que te querré siempre. ¡Eres mi única amiga! –después de estas palabras, le dio a Consuelo un beso en los labios y se metió en la entrada contigua. Consuelo se quedó pasmada, limpiándose el carmín de su boca. No fue capaz de articular una despedida.

Doña Sole se despertó al sentir el ruido de la cisterna del baño. Miró el despertador de su mesilla de noche y apagó la luz de su dormitorio matrimonial.

Consuelo estaba extenuada, pero, tardó en conciliar el sueño. El comportamiento de Sarita la desconcertaba. No podía entender la coquetería de su amiga con los hombres y con ella. Los encandilaba y a ella la encendía como la yesca. Con qué intención la besó en la boca. ¡Qué jugosos y ardientes sabían sus labios! El sueño la fue venciendo con imágenes perturbadoras.

X

En la tarde del 23 de febrero de 1981, un grupo de la Guardia Civil al mando de un teniente coronel del Cuerpo, un tal Tejero, irrumpió a tiro limpio en el Congreso de los Diputados, donde se estaba debatiendo la investidura del futuro Presidente del Consejo de Ministros, Leopoldo Calvo Sotelo. Perico entró en el establecimiento de la confitería como si le persiguiera un toro. Doña Sole, que en ese momento supervisaba los escaparates, se volvió alarmada hacia la entrada de la trastienda.

—¿Qué pasa, parece que hayas visto al diablo;

—¡Unos guardias civiles acaban de irrumpir en las Cortes pegando tiros! —se atropellaba nerviosamente el oficial confitero.

—¿Y tú cómo te has enterado?

—¡Lo están dando por la radio y la tele!

—¡Ya se ha “liao” otra vez! ¡Volvemos a las andadas! ¡Vamos a ver en qué queda todo este lío! —salió doña Sole apresuradamente por la trastienda seguida de Perico y subieron las escaleras hasta la salita de la confitera para encender el televisor.

Un teniente coronel de la Guardia Civil, bigotudo y con tricorno, pistola en mano, se dirigía, amenazadoramente, desde la tribuna de oradores a los diputados y ministros presentes en el hemisiciclo. Consuelo salió de su habitación e interrogó con los ojos desorbitados a Perico.

—¿Qué pasa? parece que hayas visto al diablo.

—¡Estos empiezan por Madrid y con los ministros! ¡No quieren perder el tiempo empezando por abajo! —comentó doña Sole con tono castizo, alarmada.

Las imágenes de los Guardias Civiles, metralleta en mano, disparando y dando órdenes, eran brutales, violentas y anacrónicas.

Cuando el pueblo español confiaba en una transición democrática pacífica, de la Dictadura a la Monarquía Parlamentaria, una compañía uniformada de verde oliva venía a acabar con su esperanza, acumulada durante tantos años de falta de libertad. La televisión interrumpió su programación y sólo la radio mantuvo informados a los españoles hasta el final del grotesco espectáculo incivil. En la madrugada del 24 de febrero, la aparición del Rey don Juan Carlos I, Jefe del Estado Español, en Televisión Española, con un mensaje constitucional y tranquilizador dispuso todas las dudas y devolvió a España la confianza en la reciente Constitución Española, aprobada hacía poco más de dos años.

Aquella noche fatídica, a doña Sole le dio un vuelco el corazón. Los recuerdos se le amontonaron y el aire le faltaba para respirar. Recordó, nítidamente, las palabras de Luis refiriéndole los bombardeos de Madrid, y las lágrimas afloraron a sus hermosos ojos. Una vez más, los militares venían a arrebatarse lo que con tanto tesón había forjado en los últimos treinta y cinco años.

Su hijo Arturo vivía en Valencia, donde el Capitán General había sacado los tanques a la calle. Llamó a la capital valenciana y la voz sosegada de su hijo la redimió de una gran zozobra. Veía a sus dos nietos amenazados por las bombas correr al refugio, como le había referido Luis de sus hermanos durante los bombardeos de la capital madrileña.

Nunca, desde la muerte injusta y atroz de su primer marido, había sentido a los suyos tan amenazados y la idea del país en guerra se le había presentado más vívida. Fue una pesadilla profunda y obsesiva que duró una noche, sin embargo, la mantuvo en vilo varios días.

Consuelo observó a su madre, durante aquella noche insomne, estar pegada al televisor y la radio siguiendo las vicisitudes de la nación como si le fuera la vida en ello. Entendía la preocupación de su madre por su familia de Valencia, pero había algo más recóndito que se le escapaba a la hija.

En uno de los momentos de duermevela en que doña Sole se había adentrado en una pesadilla atormentada, Consuelo logró percibir unas palabras deshilvanadas emitidas por su madre durante su

agitado sueño: “Luis, las bombas, el tren, Luis, que vienen, el metro, los carabineros, la Academia...” No pudo entender gran cosa y dada la gran excitación de su madre, se asustó y decidió despertarla. Doña Sole con los ojos desmesuradamente aterrorizados se despertó sobresaltada.

–¡Uh, qué pesadilla tan horrible! ¡Ha sido una de las peores de mi vida! ¡Menos mal que me has despertado!

–¿Mamá, te encuentras bien? ¡Debieras acostarte y tomarte un Orfidal! Estás muy nerviosa. ¿A ver si te va a dar un soponcio por culpa de este barullo? –le aconsejó, sin atreverse a preguntarle el contenido de la pesadilla ni el significado de algunos nombres emitidos durante la misma.

Al domingo siguiente, aprovechando que doña Sole se encontraba en misa en la iglesia de la Merced, Consuelo se apresuró para hablar con Perico y tratar de averiguar ciertos episodios del pasado de su madre que siempre permanecieron oscuros en la memoria familiar. Le abordó a bocajarro:

–Perico, ¿tú sabes quién fue Luis? ¿Qué relación guarda con mi madre y el tren, y unas bombas y los carabineros y el metro y la Academia y no sé qué más que no pude entender?

El barítono confitero la miró con la expresión de ternura que acostumbraba de sus ojos inyectados por el alcohol. Pesadamente, como si le costase subir la empinada escalera de sus recuerdos infantiles comenzó desgranando unas frases preñadas de nostalgia.

–La Academia de Carabineros se instaló en el colegio de Santo Domingo, cuando yo tenía doce años. Don Jacinto, un maestro que yo tuve en las Escuelas Graduadas de la puerta de la Panadería, me enseñó a dividir y me aficionó a la zarzuela y a la mitología griega y romana. Decía que para ser santo no era preciso ser cristiano. Que él era pagano, como Homero y Ulises. Leíamos todos los días fragmentos de “La Ilíada” y de “La Odisea” y un capítulo de “El Quijote”. Al principio, no entendíamos nada, y creíamos que el maestro estaba majareta. Poco a poco, nos acostumbramos a la música y a la letra de las lecturas y le pedíamos que siguiera. Él nos respondía que al día siguiente más y que entonces tocaba cuentos y problemas. Todo lo poco que sé lo aprendí del 31 al 36, hasta

que después del estallido de la guerra vinieron los carabineros a ocupar el edificio. De aquí se los llevaban al frente en camiones y en trenes. Algunos no llegaron a su destino. Don Jacinto no fumaba ni bebía. Decía que el esperanto es la lengua universal. Yo no iba a ser mejor que él. -Miró a Consuelo dándole a entender que la lección había terminado.

-¿Y Luis, quién fue Luis? Mi madre en su pesadilla lo mencionó varias veces.

-Te podría responder que no lo sé y así zanjar tu curiosidad. Creo que esa pregunta se la debes hacer a tu madre -Perico le respondió con tal convicción que no se atrevió a continuar con sus indagaciones.

-Gracias, Perico, por tus revelaciones. Mi madre nunca me ha hablado de esa época.

La hija de la confitera estaba convencida de que su madre ocultaba un secreto confesable o inconfesable y estaba decidida a conocerlo. Ella también guardaba un secreto en lo más oscuro de su corazón. A su edad, pasados los treinta, iba siendo hora de que madre e hija se conocieran mejor y se amaran, a pesar de sus defectos.

XI

Perico aseveraba con énfasis que la aplastante victoria socialista, en las elecciones de octubre de 1982, se debió al intento de Golpe de Estado del 23-F. Los doce millones de votos depositados en las urnas dieron a Felipe González una mayoría amplia que le permitió ser el Presidente del Gobierno de todos los españoles. Se respiraba una euforia y una ilusión por el cambio político que abarcaba a sectores de la población española que no sentían la ideología socialista.

Doña Sole mantuvo su fidelidad por Adolfo Suárez. La dignidad que demostró la tarde del asalto a las Cortes Españolas, le merecía todos sus respetos. Perico arrastró a su Penélope al bando de los herederos de Pablo Iglesias. Le había enseñado las estrofas de la “Internacional” que irritaban los oídos moderados de doña Sole. Las chirigotas y la socarronería del asalariado irritaban a la jefa, aunque en su fuero interno se sentía rejuvenecida.

“¡Pasteleros del mundo, uníos!”. Fue el eslogan del oficial mayor de la confitería de “Las Delicias” mientras duró la campaña electoral. La pastelera joven no dudó en hacerlo suyo. Hasta Sarita se sintió enardecida por el grito del trabajador del obrador, en contra del sentir de sus padres que se definían como pro-gubernamentales, como debe ser un funcionario del Ministerio de Justicia. Doña Cecilia, don Cosme y doña Sole eran centristas.

Los primeros achaques de la enfermedad se le habían manifestado hacía dos años, pero no llegó a ir al médico. Perico tenía la tez azafranada y la piel del resto del cuerpo enrojecida. La cirrosis fue galopante y en la Nochevieja de 1982 dejó de existir. Hasta la víspera de su muerte fue socarrón e incisivo. Durante el velatorio, la expresión sardónica de su rostro invitaba a familiares y amigos a

celebrar sus ocurrencias. Amante de los eslóganes, podría haber acuñado su epitafio: “Hay que reírse hasta de uno mismo”.

Consuelo quedó sumida en un desamparo absoluto, algunos creyeron durante el entierro que era la hija del difunto. Doña Sole le lloró en secreto al ruiseñor del obrador. Había entrado a trabajar en “Las Delicias” a la edad de catorce años, cuando la bella confitera acababa de cumplir los diecinueve. Después, —durante cuarenta y tres años de convivencia diaria en la pastelería—, doña Sole estaba convencida de que el barítono estaba enamorado de ella. Recordaba las miradas embobadas de Perico en la época de su regreso del servicio militar.

La muerte separa físicamente a los vivos de los muertos. A veces, el espectro de los que se fueron vaga grabado en el azogue de los espejos. Algunos no dejan rastro, otros una huella imperecedera. No hubo una sola persona en el pueblo que no sintiera el fallecimiento de Perico. Las dos criadas de doña Sole estuvieron llorándole a moco tendido durante dos meses, cada vez que irrumpían en la pastelería o el obrador para limpiar.

Consuelo dejó de asistir a los ensayos durante varias semanas, hasta se puso una blusa negra en señal de luto. Doña Sole, con la ayuda de doña Cecilia y, sobre todo, de Sarita, la animaron a salir y distraerse. Desde la muerte de Perico doña Sole se mostraba tierna y cariñosa, menos regruñona. Madre e hija iniciaron unas relaciones insólitas hasta la fecha.

Sarita parecía menos casquivana y estaba muy pendiente de la salud y el ánimo de su amiga. Algunas noches, doña Cecilia y doña Sole consentían en que los dos mujeres durmieran en el dormitorio de Consuelo. Entraban el sofá-cama del saloncito y allí dormía la hija del funcionario del juzgado.

Una noche de mediados de marzo, se desató una tormenta impetuosa después de la cena. El agua corría torrencialmente por las calles y la espesa manta de lluvia apenas permitía distinguir las fachadas de los edificios de en frente. Consuelo miraba a través de los cristales del balcón y disfrutaba con el espectáculo desatado de la naturaleza.

—Un día en que la lluvia caía a cántaros, como esta noche,

murió mi padre atropellado por un carro.

Volvió la cabeza Consuelo al escuchar la voz de su madre. Acercó una silla y la colocó al lado de la mecedora de la rancia confitera.

—Después, en el 43, a mi madre se la llevó la epidemia de gripe que asoló España. Eran años de miseria y necesidad y los pobres caían como moscas. Tu hermano nació tres años más tarde. Era fuerte y rollizo como un cachorro de león. Tú viniste al mundo en 1950. Eras débil y enclenque como un pajarico. Tenías una virtud, no fuiste llorona en los primeros años. Después de tu Primera Comunión, se te cambió el carácter. Lloraste como una Magdalena, durante días, porque te saqué del colegio. La vida no pasa en balde. Después de la muerte de Perico, me siento vieja y cansada de verdad. Menos que tú, pero lo echo mucho de menos. Yo también lo quería a mi manera. Era gracioso y vivo como nadie. A tu padre siempre le faltó chispa, quizá por su enfermedad... —se quedó pensativa y ensimismada la dueña de la pastelería de “Las Delicias”.

Consuelo vio el momento propicio que había esperado, desde hacía dos años, para conocer, por boca de su madre, aquellos años de su juventud cuyos pormenores se emborronaban con la guerra. Su madre estaba comunicativa y nostálgica, parecía otra. Una sombra de ternura suavizaba la belleza de sus ojos con un tono acuoso.

—Mamá, ¿quién fue Luis? La noche del golpe de Tejero, mencionaste ese nombre varias veces en medio de una pesadilla.

Doña Sole cerró los ojos y su hija creyó que se había dormido. Al cabo de un rato, los abrió y comenzó a contar como si se tratase de un sueño:

—Luis fue mi primer esposo. Me casé cuando tenía dieciocho años con un carabinero de la Academia, él era de Madrid y había estudiado para abogado. La guerra me lo arrebató y me quedé embarazada y viuda. Aborté y perdí lo que llevaba en mis entrañas. Los hombres que regresaron de la guerra fueron unos afortunados y sus mujeres también. Luis y yo tuvimos mala suerte. La desgracia se ensañó con mi familia. En pocos años me quedé sola: perdí a mi marido, a mi hijo, a mi padre y a mi madre. Fue un milagro que

podiera sobrevivir. Sin la ayuda de tu padre no hubiera salvado el negocio. Todo lo que vino a continuación ya lo sabes. Eran tiempos duros para una mujer joven. Pero ya sabes que soy como una roca. Le he dado una carrera a tu hermano, bueno, con la ayuda de tu padre. Cuando yo falte, este negocio floreciente será para ti. Tu hermano ya se llevó lo suyo. Así es la vida de triste, sin dinero es peor...No te quedes toda la noche contemplando la tormenta, que te conozco. Estas emociones no le convienen a tu glucosa. Hasta mañana.

–Mamá, espera un poco. Yo también tengo un secreto que quiero que sepas. Mi conciencia me lo exige desde hace años, no he tenido la oportunidad de decírtelo antes.

–No te esfuerces ni te pongas nerviosa que no le conviene a tu salud. Yo sé, desde hace mucho tiempo, tu secreto; porque tengo ojos en la cara y no soy tonta. Lo único que te pido es que lo llevéis con tiento y discreción. A los hombres se les perdona casi todo. A las mujeres nos despellejan por lo mismo. Ya sabes cómo las gastan en este pueblo con estos asuntos. Tu madre se llevará tu secreto a la tumba. ¡Buenas noches!

La lluvia salpicaba los cristales del balcón. Consuelo bajó la persiana.

Edición diseñada y elaborada
por tus compañeros de
atrevimiento





Caja Rural Central

OBRA CULTURAL